

El hombre es un ser condicionado. Desde su nacimiento, su vida está sujeta a una serie de condicionamientos que lo moldean y lo definen. Estos condicionamientos pueden ser físicos, psicológicos, sociales o culturales. El hombre no es un ser libre y absoluto, sino un ser que está sujeto a las leyes de la naturaleza y a las normas de la sociedad.

El hombre es un ser condicionado por su naturaleza física. Su cuerpo está sujeto a las leyes de la biología y de la fisiología. Su vida está sujeta a las leyes de la naturaleza y a las normas de la sociedad. El hombre no es un ser libre y absoluto, sino un ser que está sujeto a las leyes de la naturaleza y a las normas de la sociedad.

El hombre es un ser condicionado por su naturaleza psicológica. Su mente está sujeta a las leyes de la psicología y de la fisiología. Su vida está sujeta a las leyes de la naturaleza y a las normas de la sociedad. El hombre no es un ser libre y absoluto, sino un ser que está sujeto a las leyes de la naturaleza y a las normas de la sociedad.

El hombre es un ser condicionado por su naturaleza social. Su vida está sujeta a las leyes de la sociología y de la psicología. Su vida está sujeta a las leyes de la naturaleza y a las normas de la sociedad. El hombre no es un ser libre y absoluto, sino un ser que está sujeto a las leyes de la naturaleza y a las normas de la sociedad.

El hombre es un ser condicionado por su naturaleza cultural. Su vida está sujeta a las leyes de la antropología y de la psicología. Su vida está sujeta a las leyes de la naturaleza y a las normas de la sociedad. El hombre no es un ser libre y absoluto, sino un ser que está sujeto a las leyes de la naturaleza y a las normas de la sociedad.

El hombre es un ser condicionado por su naturaleza humana. Su vida está sujeta a las leyes de la filosofía y de la psicología. Su vida está sujeta a las leyes de la naturaleza y a las normas de la sociedad. El hombre no es un ser libre y absoluto, sino un ser que está sujeto a las leyes de la naturaleza y a las normas de la sociedad.

10. EL HOMBRE: SER CONDICIONADO

Nos parece importante recordar que no es lo mismo condicionamiento que causalidad ni que determinación, sin cuya distinción no podría entenderse nuestra caracterización ni el hecho de que estar condicionado sea compatible con la libertad.

Entendemos decir que el hombre, no siendo un absoluto ni un ser "terminado" —perfecto—, ni tampoco determinado, sino libre, reconoce, además de sus causas⁽¹⁰⁵⁾, ciertos factores que inciden en su ser y en su actuar, como presupuestos o acompañantes, modificándolos o pudiéndolos modificar, de alguna manera, con mayor o menor fuerza, por acción u omisión, presencia o ausencia, a modo de situación, estado, restricción, requisito, limitación, etc., etc.

A veces el condicionamiento incide en las líneas de la causalidad a modo de un factor que contribuye a explicar parcialmente algún rasgo o modo de ser o de actuar, permanente o pasajero, individual o común a un grupo humano.

Otras veces influye facilitando o entorpeciendo el hecho de que se logre —o no se logre— un objetivo o un comportamiento referido a un objetivo.

A nuestro parecer, el condicionamiento surge de cinco características simultáneas:

- a) por un lado, el hecho, ya mencionado de que el hombre no es un ser acabado, perfecto, totalmente actualizado, pero **tiende** a serlo;
- b) por otro lado, de que es un ser concreto, singular, circunstanciado y se mueve de modo también concreto, singular y circunstanciado;
- c) en tercer lugar, por aquello, que ya expusimos, de que es un ser "relativo a... ", no un ser absoluto;
- d) en cuarto lugar, porque no está sometido, en su movimiento específico, a leyes inexorables, fatales, esto es, no está **determinado**;
- e) porque es un ser falible, de lo que nos ocuparemos en especial más adelante⁽¹⁰⁶⁾.

Mas no es éste el lugar de intentar una filosofía del condiciona-

miento, ni de realizar una consideración analítica de los modos como aquél se da. Nuestro propósito es el de señalar, tan sólo, esta característica del hombre y su relación con la libertad, en función de la problemática educativa; y esto, del modo más escueto posible.

Acudamos, una vez más, a la experiencia cotidiana y al sentido común.

Es indudable que ciertas situaciones geográficas pueden influir en el modo de ser y en la mentalidad de algunos pueblos, en más o en menos; pero a nadie se le ocurrirá decir, hoy, que la ubicación geográfica de Atenas fue la "causa" o la "determinante" de la cultura griega que culminó en el siglo V (A.C.); pero parece ser cierto que fue un factor condicionante, dentro de la gama de elementos y hechos históricos que coincidieron sobre el genio mismo de aquellos pueblos y especialmente, de algunos griegos, y esto último es lo que constituyó, sin lugar a dudas, el factor fundamental de aquella cultura con ciertos condicionamientos coadyuvantes. El griego que nació en aquel siglo V estaba condicionado no tanto por la situación geográfica, cuanto por la vida y cultura vigentes, como el que nació en la Francia del siglo XIII estaba condicionado por la realidad socio-cultural y económica del lugar y el momento, como lo está, de otro modo, el que nace allí ahora.

También es conocido el hecho de que el factor geográfico, que lleva incluido el del clima, en ciertos casos que pueden ser extremos, dificulta el rendimiento intelectual —lo condiciona— como ocurre en las tórridas zonas ecuatorianas del globo terráqueo.

Más próximos a nuestra realidad, experiencia y a las preocupaciones actuales es el condicionamiento que representa para la perfección humana la situación económica y el nivel socio-cultural y moral en que se nace y se viven los años de la infancia y adolescencia: es indudable que, si esos niveles, se dan juntos y muy bajos, se hace difícil la tarea del auxilio educativo (heteroeducación) y, en consecuencia, resulta endeble la base para que se pueda efectuar con buenos resultados la necesaria auto-educación. Pero decir difícil no quiere decir imposible, lo que explica las preocupaciones y esfuerzos en ese sentido, sea de personas y/o grupos de personas —recuérdese la obra social y personal de Don Bosco en aquél Turín del siglo XIX—, sea de muchos go-

biernos, ya para elevar aquellos niveles colectivamente, ya para ejercer tareas de "rescate" entre los niños y adolescentes que en ellos viven. Y esto, sencillamente, porque no hay causalidad ni determinación en aquellos medios y sus niveles —lo que haría absurdo o superfluos los intentos— sino sólo condicionamiento. Mas éste no elimina la libertad o, por lo menos, la capacidad para ejercerla, como no elimina las capacidades básicas para entender y vivir los mensajes de perfección que provienen del auxilio educativo.

Es importante destacar, ya que hemos relacionado aquellos condicionamientos con la libertad y la educación, que, al hablar de ésta, no nos referimos —como en todo este trabajo, salvo indicación expresa— a la instrucción, la enseñanza, la escuela, sino a la tarea de auxilio de perfección, sobre todo de ordenación interior y de la conducta. Recordamos esto porque puede darse —se da— que en **algunos** ambientes socio-económicos y/o socio-culturales altos, hay también miseria moral, lo que constituye un condicionamiento negativo —ese tipo de ambientes— para quienes crecen en él; es decir, que la miseria intelectual y de conducta no va unida necesariamente a la situación económica y/o cultural. Por el contrario, es admirable ver en ciertos pequeños pueblos, sobre todo de zonas rurales, aún en una situación general de pobreza económica y aún cultural, cómo se viven pautas morales —y se transmiten— de gran rectitud y riqueza cualitativa humanas; lo que también ocurre en ciertos grupos de la clase media-baja y media-media, en muchos países, sin que esto les sea exclusivo. Pero, si bien todos estos niveles, con sus diferentes aspectos y altibajos influyen en más o menos, a veces en alto grado, **no determinan** el modo de ser de los hijos. Baste, como uno de los tantos ejemplos que pudieran mencionarse, el caso de Miguel Bakunin, el padre del anarquismo, crecido y educado en el ambiente familiar socio-cultural y moral intachable de una familia de propietarios rurales de nobleza "honorable pero no relevante" ⁽¹⁰⁷⁾, religiosa sin hipocresía, de padre cultivado —doctorado en la Universidad de Padua— y de gran cordialidad con sus hijos (diez) a los que el matrimonio se volcó con gran cariño, como lo muestra la numerosa correspondencia que durante toda su vida de trotamundos mantuvo con su familia ⁽¹⁰⁸⁾. Nada, en este condicionamiento ambiental familiar, hacía prever al gran anarquista. Nada permitía anticipar que le escribiera a su padre ya septuagenario: "...Para mí no existen los padres. Renuncié a los míos. No necesito su amor" ⁽¹⁰⁹⁾, no obstante lo cual, como dijo:

mos, la correspondencia posterior muestra que nada tenía que reprochar a su familia ⁽¹¹⁰⁾. Hubiera sido imposible prever, a partir de su familia y su educación, aquel aforismo suyo "La pasión por la destrucción es también una pasión creadora" ⁽¹¹¹⁾ hasta el punto de que si hubiese logrado ver plasmados en la realidad todos sus sueños, "Entonces, volvería a derribar todo lo que hubiese hecho", como le contestó a Reichel ⁽¹¹²⁾.

Basta un solo ejemplo para mostrar que no hay que confundir condicionamiento con determinación. Ejemplos pueden darse muchos, más aún si son tomados del ámbito del conocimiento personal; el lector también lo puede hacer. Claro está que hay que tener cuidado en pensar lo contrario, a propósito de lo mencionado acerca de Bakunin, esto es, que **no hay** influencia en el sentido de condicionamiento desde el ángulo de los niveles aludidos en que se nace y vive. También aquí, además de la abundante literatura sobre el tema, de carácter psicológico y psicopedagógico, la propia observación puede ilustrarnos; y la sabiduría popular lo condensa: "de tal palo, tal astilla; de mala sangre, mala morcilla".

Mas si nos queremos referir al grado de instrucción o incluso al del nivel profesional al que se llega, también es evidente que aquellos factores son condicionantes y no determinantes, lo que se da en más o en menos, en sentido negativo (dificultando) o positivo (facilitando).

Es sabido en efecto que hay quienes, traspasando la barrera objetiva de la pobreza —y la subjetiva que pueda formarse— han conseguido y/o consiguen un grado de instrucción elevado y han podido tener acceso a diversas profesiones y, con ello, a otra situación económica. Lo que, por otra parte, no es garantía de riqueza espiritual ni moral.

En el ángulo opuesto, hay quienes en el plano económico social elevado, tienen un grado de instrucción bajo: aquí no hay barreras objetivas; ni tampoco esto va unido necesariamente a la riqueza humana espiritual y moral.

Hemos dicho que los condicionamientos se dan en más o en menos. Por supuesto que si tomamos **extremos** del grado de condicionamientos objetivos nos aproximamos al límite que los separa de la de-

terminación; pero no se identifican, mientras subsistan las **condiciones subjetivas potenciales** que puedan permitir el cultivo de "lo humano", el ejercicio de la libertad y el ascenso en el camino de perfección.

Así lo ha probado la acción de los misioneros que se han internado en lugares aislados de contactos civilizados y logrado —sacrificio y paciencia mediantes, cuando no la vida— promover humanamente a quienes tenían un escaso —o muy escaso— nivel cultural y moral. Allí la "corteza" o cerco condicionante es roto desde afuera; pero, llegado que fue —y recibido— el auxilio perfecto, quedó mostrado que aquella corteza o cerco de que hablamos, no es determinante: las condiciones humanas para un ascenso en perfección permanecen en el sujeto y, removido el factor que condiciona negativamente, pueden llegar a la interioridad y puede iniciarse un proceso cualitativo de perfección. Todo esto con muchísimas variantes, pues aquí también cuentan multitud de características subjetivas, naturales y adquiridas, individuales y sociales, de las que no nos ocupamos.

A veces —y este es un fenómeno cultural contemporáneo más que interesante— el "cerco condicionante" es fabricado, elaborado, organizado o **impuesto** por el hombre mismo. Así acontece en algunos países totalitarios (Rusia, China, p. ej.) en los que la radio, la T.V., la prensa, los libros, la escuela en todos los niveles, la propaganda, los carteles, **todo** está controlado y dirigido a conformar una determinada **mentalidad** y determinadas pautas y tipos de conductas. Parece que se logra... pero, si algún resquicio hay por donde se filtra otra luz, encuentra las disposiciones humanas para juzgar y decidir. Así ha ocurrido con jóvenes de Alemania Oriental que han vivido **toda su vida** en la postguerra, dentro de ese cerco activo de bombardeo psíquico-moral-cultural y, no obstante, se juegan la vida para traspasar el muro de Berlín. Así nos lo muestran los rusos nacidos y/o educados durante el régimen bolchevique que "eligieron la libertad"; es decir, nos lo muestran los que físicamente pudieron; pero sabemos que hay otros que han muerto y otros que no pudieron o no pueden realizar lo que espiritualmente decidieron ⁽¹¹³⁾.

Por eso los comunistas rusos han tenido que usar otros medios como el de anular, destruir, biológica y psíquicamente a las personas que reaccionan contra el régimen, internándolos en sanatorios (?) de don-

El hombre es un ser falible. La falibilidad es una característica esencial de la naturaleza humana. No podemos ser perfectos, pero podemos ser mejores. La falibilidad nos hace humanos, y es precisamente por eso que podemos aprender, crecer y mejorar. Sin falibilidad, no habría progreso. La falibilidad es una bendición, no una maldición. Nos permite reconocer nuestros errores y corregirlos. Nos permite ser humildes y aprender de los demás. La falibilidad es la base de la humanidad.

La falibilidad es una parte integral de la vida humana. No podemos escapar de ella. La falibilidad es lo que nos hace seres vivos. La falibilidad es lo que nos hace capaces de sentir, pensar y actuar. La falibilidad es lo que nos hace humanos. La falibilidad es una parte esencial de nuestra naturaleza. La falibilidad es una parte de nosotros mismos. La falibilidad es una parte de la vida.

La falibilidad es una parte de la vida humana. La falibilidad es una parte de la naturaleza humana. La falibilidad es una parte de la existencia humana. La falibilidad es una parte de la realidad humana. La falibilidad es una parte de la verdad humana. La falibilidad es una parte de la justicia humana. La falibilidad es una parte de la libertad humana. La falibilidad es una parte de la dignidad humana. La falibilidad es una parte de la humanidad.

11. EL HOMBRE: SER FALIBLE

La falibilidad es una característica esencial de la naturaleza humana. No podemos ser perfectos, pero podemos ser mejores. La falibilidad nos hace humanos, y es precisamente por eso que podemos aprender, crecer y mejorar. Sin falibilidad, no habría progreso. La falibilidad es una bendición, no una maldición. Nos permite reconocer nuestros errores y corregirlos. Nos permite ser humildes y aprender de los demás. La falibilidad es la base de la humanidad.

He aquí una característica humana que, como algunas de las ya vistas, hace al hombre único y que afecta a todas las otras que le son propias.

Por otra parte, como ya se verá también, esta peculiaridad se halla en la raíz de la necesidad de la educación, de la que es determinante.

Ni el vegetal ni el animal pueden, desde dentro de sí mismos, por su **naturaleza**, fallar en el comportamiento que les es propio, según su especie. Si de alguna manera no se realizan sus actos específicos propios, se debe a algún factor extrínseco a su naturaleza, aunque actúe desde dentro de su realidad física, como puede acontecer con un virus, p. ej.

Mostremos primero el hecho y su alcance; mostraremos luego qué es lo que hay en la naturaleza humana que explique estas características.

El hecho se encuentra a la vista, en nuestra propia experiencia y en ya ajena.

¿Quién no tiene en su vida un error, sea en su razonamiento, sea en su conducta? o mejor, ¿quién no tiene la experiencia interior de la posibilidad de equivocarse, la experiencia de no atreverse, a veces, a afirmar o negar, de no decidirse a actuar en un sentido o en otro, por temor a equivocarse? ¿quién no ha visto a otros errar en un razonamiento, en una afirmación, en su conducta?

Pero tenemos que ir un poco más allá porque interesa a nuestro objetivo.

Si consideramos el "deber ser", las obligaciones morales de cónyuge, de padre, de hijo, de amigo, de obrero o empleado, de patrón, de profesional, de jefe o cabeza de una institución cualquiera, de gobernante o ciudadano gobernado ¿quién no sabe de algún acto malo, de una conducta **mala**, esto es, que se aparta de las normas morales, es decir, de un acto en el que se "falla" desde el punto de vista de las exigencias de perfección humana? ¿puede ser por el solo hecho de que el hombre sea libre? ¿o es que hay otras características que explican esta falibilidad de la conducta humana? Pues sí, la hay. Cada

uno puede concluir, si lo piensa, que una cosa es elegir libremente y otra cosa es errar, equivocarse, con la inteligencia o con la conducta. Trataremos de explicitar lo que sintéticamente expusimos antes, al mostrar que el hombre es capaz de elegir.

a. **La ignorancia.**

En primer lugar el hombre es, inicialmente, ignorante sin limitaciones; lo es toda su vida, parcialmente.

Nace con la capacidad de conocer, pero sólo con la capacidad, en potencia, sin actualizar. Y, sin embargo, el conocimiento constituye una de las dos líneas operativas específicas en las que se ha de cumplir no sólo la actualización de la potencia correspondiente, sino del hombre mismo.

Por supuesto, estamos haciendo referencia al conocimiento por parte de la inteligencia, porque el de los sentidos no es el suyo específico y, además, en el hombre, está al servicio de la inteligencia e impregnado por ella.

Mas en la línea operativa de la inteligencia hay dos modos que difieren por el fin:

En un caso, sólo se conoce, se contempla: aquello no es un papel, es una mariposa; los ojos de este niño son azules. Se trata del conocimiento especulativo⁽¹¹⁶⁾. Desde este punto de vista nacemos sin saber qué son las cosas ni cómo son: en esta ausencia de conocimiento, falta de relación entre la facultad y el objeto, consiste la ignorancia, o mejor dicho "no consiste", pues es ausencia de conocimiento en quien puede y/o debe tenerlo.

Pero, por otra parte, es propio de la inteligencia ejercer la **dirección** de la actividad, de los actos de otras potencias, del hombre todo, en tanto no están pre-establecidos, determinados, pre-ordenados; a esta actividad directiva, ordenadora, de la inteligencia se la denomina conocimiento práctico pues se trata de un **conocer de suyo referido a la acción** para ordenarla⁽¹¹⁷⁾.

Pues bien, también desde este punto de vista del operar cognitivo nacemos ignorantes. No conocemos lo más importante y fundamental para todos y cada uno de los hombres: para qué vivimos y operamos; no conocemos los fines de la vida humana hacia los cuales hay, sin embargo, un impulso, un dinamismo ineludible, forzoso...

sin que sepamos tampoco dónde están o en qué consisten o cuáles son; y sin que conozcamos por cuáles caminos, actos, medios, podemos alcanzarlos. Y esto vale para los fines y medios mediatos e inmediatos. Por esto también ignoramos al nacer cómo conducirnos en cada momento concreto; ignorancia que nos acompaña, parcialmente también, toda nuestra vida, a pesar de que lo natural es que seamos conductores de nuestros actos⁽¹¹⁸⁾.

De aquí que tengamos problemas de vocación, de orientación profesional y, mucho más importante, de orientación vital; problemas acerca de cómo actuar (medio) hacia determinado objetivo, etc. Esto se agrava si añadimos la exigencia —desde el punto de vista de la perfección humana— de cómo actuar **bien**, perfectamente, en cada una de las líneas de conducta de nuestras dimensiones.

Resulta casi superfluo —si no del todo— detenernos a mostrar cómo la ignorancia es una característica —entre otras— que funda la falibilidad del hombre. Es evidente de quien ignora lo que es o cómo es una cosa, y no obstante, emite un juicio acerca de ella (cualquiera sea la motivación), errará su juicio, esto es, no habrá adecuación entre su juicio y lo que la cosa es o cómo es; lo raro, lo excepcional sería que no errara; en todo caso, acertaría, por así decir, casualmente. Esto, en lo que atañe al juicio teórico, especulativo.

Pero también es evidente lo mismo desde el punto de vista práctico: quien ignora para qué (fin) tiene que actuar, no puede dirigir, darle sentido, a su acción; no puede actuar, —el acto es medio para un fin—, salvo que lo haga obedeciendo órdenes o indicaciones, en cuyo caso quien dirige es otro, con su inteligencia, porque no ignora.

La ignorancia impide pues, el acto, o lo convierte en un movimiento sin sentido. Es como disparar un arma (medio), en la oscuridad, contra un enemigo que no sabemos dónde está: o no podemos disparar o, si lo hacemos, el disparo no tiene sentido. Esa ignorancia funda el hecho de que el acto sea fallido. Del mismo modo, suponiendo que conozca el fin que quiero conseguir, la ignorancia de los medios (actos) para alcanzarlo, me hará fallar si lo intento, hasta que la supere, sea porque me enseñen o por propio descubrimiento o invención de los medios adecuados.

Traslademos esta ignorancia de fines (bienes) y medios (actos e instrumentos útiles) a todas las dimensiones de la vida humana y a ésta tomada en su totalidad —y con esa ignorancia plena nacemos— y nos damos cuenta por qué no podemos darle sentido a nuestra vida toda, ni darle sentido a cada línea de conducta, en cada dimensión. Contraigo matrimonio porque estoy enamorado y porque... bueno... alguna vez hay que casarse, es la costumbre. Pero no conozco cuál es el fin (o los fines) del matrimonio y, por consiguiente, cuál es el fin de mi dimensión conyugal; ¿cómo puedo darle pleno y completo sentido a mis actos en tanto que cónyuge? ¿cómo puedo "conducir" bien —tener conducta **adecuada**— si ignoro el fin para el que actúo?

Nos preguntamos al comenzar este apartado si el hombre es falible porque es libre. Pero ya se ve que no. Ser libre —psíquicamente— significa **poder elegir** un medio en vista de un fin, pero supone que conozco aquellos medios de entre los cuales elijo uno. Si los ignoro, no puedo elegir, no hay libertad ejercida. Si, no obstante que los ignoro, a la vista de un fin, elijo, lo más probable es que no sea un medio adecuado, esto es, que falle en la elección. Pero ¿acontece así porque soy libre (capaz de elegir) o, más bien, porque **siendo ignorante** he elegido?

Otra cosa es evidente: si el hombre quiere dejar de ser falible en su vida **debe superar su ignorancia** entre otras características, si puede, lo que no quiere decir que, por aquello sólo, deje de ser falible en sus actos, en sus conductas y dimensiones, en su vida...

b. El error.

En segundo lugar, el hecho de que los actos del hombre puedan no ser los adecuados para su plenitud de hombre, para alcanzar los bienes perfectivos reconoce otra característica que, al pasar, se deslizó en el punto anterior: **puede errar en sus juicios**. Somos capaces de juzgar, tanto en el terreno del conocimiento especulativo como en el del práctico, de un modo no adecuado a lo que las cosas son; es decir, de emitir juicios falsos.

La ignorancia, señalada anteriormente, es carencia de conocimiento; el error, es conocimiento no adecuado, no verdadero. Ignorancia se opone a conocimiento; error se opone a verdad. En aquella, no hay

acto de inteligencia; en éste, sí hay acto —juicio precedido o no de raciocinio— pero no es adecuado a lo que es la realidad objetiva. La ignorancia puede ser —como vimos— causa del error, aunque nunca sola, es decir, no es causa suficiente. Pero el error puede provenir de otras causas diferentes a la ignorancia. El hecho es que el error, que se da formalmente en un juicio de la inteligencia, tiene repercusión en la conducta del hombre, y por tanto, en el acceso a su perfección o en su frustración, ya fuere ésta parcial (en una dimensión), ya fuere total. El que se equivoca en cuanto al fin perfectivo, mal-orienta su conducta y no puede lograr plenitud, como hijo, esposo, padre, ciudadano, artesano, profesional, religioso, etc. Mas el que juzga bien —conoce con verdad— el fin perfectivo pero yerra su juicio acerca de los medios más adecuados, tampoco se perfecciona, porque eligiendo mal el medio —por error— no puede conseguir el fin.

¿Cuántas veces hay que lamentar un error de cálculo al adelantarse a otro automóvil? ¿o el de un diagnóstico médico? ¿o el de una cuenta? ¿o en el conocimiento y apreciación de otra persona o de una circunstancia o de un conjunto de hechos?

En el nivel más sencillo de la sabiduría popular se recoge y hace propio aquello de "errar es humano..."; también en los altos niveles de espiritualidad, con sentido de donación personal, encontramos el deseo de ayudar para que no haya error: "Señor... que allí... donde haya error, ponga yo verdad" (San Francisco de Asís, Simple Oración). ¿Por qué? Porque el error afecta la orientación perfecta de la vida, supuesto que el hombre es autoconductor de la suya, por naturaleza; y no sólo la orientación sino también cada paso, cada acto. De allí que lo señalemos como uno de los fundamentos de la característica del hombre que nos ocupa, la de ser falible. ¿Por qué yerra el hombre en el conocimiento especulativo y en el práctico? ¿acaso porque capta facetas de la realidad y no la totalidad? ¿o porque no puede penetrar hasta el fondo de la esencia de las cosas? ¿o porque al razonar viola las leyes de la lógica? ¿acaso por la limitación de su inteligencia? ¿o porque el conocimiento sensitivo —incluida la imaginación y la memoria— ofrecen a la inteligencia datos incorrectos? ¿o porque lo subjetivo —incluida la afectividad— interfiere o deforma lo objetivo? Sí..., sí..., sí...; mas no corresponde a nuestro propósito, aquí, analizar las

causas concretas de su posibilidad de errar en el ámbito del conocimiento especulativo y en el del práctico. Si lo es, **señalar el hecho** y cómo tiene proyección sobre su vida y su acceso a la perfección de hombre que reclama su naturaleza. En el fondo, queremos dejar apuntadas las notas de la naturaleza que hacen **necesaria** la educación, el auxilio de perfección.

Hasta aquí, en este sentido, dos fundamentos: la ignorancia y la posibilidad de errar. Ambos, afectan a la inteligencia. Pero hay otras causas que hacen del hombre un ser falible, y que no son notas que tengan por sujeto a la inteligencia...

c. **La voluntad (débil?) y las inclinaciones (o tendencias).**

El vegetal, como ser vivo que es, se halla en tensión dinámica (tiende) hacia su plenitud y a la de su especie... El animal, cada animal, también. Con la diferencia que el animal conoce sensitivamente el objeto material inmediato de sus tendencias, aunque no la razón formal, el por qué, ni el objeto mediato (fin) que su naturaleza persigue en cada una de ellas. Por eso se dice que el instinto (guía y motor) es ciego; un ciego muy especial, porque pareciera dotado de radar por su precisión: nunca se equivoca en sus tendencias; cada una de ellas es una respuesta a una necesidad, o mejor, significa la tensión, (finalidad) hacia algo, un objeto, que responde a una necesidad del individuo o de la especie. No hay tendencias "de más", superfluas o hacia objetos superfluos, innecesarios. Tampoco hay "conflicto", estrictamente hablando, de tendencias. Si aparecen objetos tendenciales contrarios o contradictorios el movimiento se resuelve en favor de aquél que responde a una necesidad más fuerte, vital, del individuo o de la especie.

Pero en el hombre no acontece lo mismo. En el hombre hay multiplicidad, diversidad, divergencia y hasta oposición de tendencias. Es más, el hombre es el único ser en el que podemos encontrar tendencias perfectivas y tendencias imperfectivas; además de tendencias de lujo, innecesarias (o hacia objetos innecesarios).

Que hay **multiplicidad y variedad** consta a la experiencia de cada uno; examínese cada cual. No nos referimos sólo a las que también tiene el animal en función de objetos (múltiples y diversos) necesarios para el individuo o un grupo o la especie. Estas son tendencias fundamentales, básicas. Pero, sobre ellas, desde ellas, surge otra gama diversa cuasi-infinita.

Sobre esta multiplicidad, variedad, divergencia y oposición ya habíamos (1.9. El hombre, multiplicidad de tendencias). No vamos a repetir. Pero es importante la perspectiva en que nos colocamos ahora. Se trata de mostrar que estas características tendenciales fundan de alguna manera, su caídas de ser falible. Sobre todo si a este se añade que su motor interior específico, su potencia apetitiva característica en tanto que hombre, su **voluntad** ⁽¹²⁰⁾ cuyo objeto es el bien en general ⁽¹²⁰⁾, señalado por la inteligencia, ese motor es... débil ⁽¹²¹⁾, como ya dijimos, si se nos permite esta expresión bastante común que no deja de ser metafórica. La voluntad, no sólo **no está determinada** a "los" bienes concretos, limitados —lo que constituye la raíz próxima de la libertad pues ningún bien parcial la mueve necesaria, forzosamente—, sino que ocurren con ella algunos fenómenos de los que nuestra experiencia da testimonio y que atañen a este ángulo del problema: a) por un lado, depende de la luz de la inteligencia, incluidas sus limitaciones, oquedades o imperfecciones, como la ignorancia y el error, lo que implica, siendo como es el **motor** del acto humano, que sea **motor de un acto** falible: por eso puedo querer (acto de la voluntad) un objeto que no es perfectivo pero que la inteligencia lo presenta como tal ⁽¹²²⁾. Así ocurre que decidimos un acto convencidos de que es bueno —perfectivo— y, objetivamente, no lo es: la falla está en el juicio erróneo de la inteligencia pero afecta al querer de la voluntad. De allí que no hay acto de amor, de apetición, de querer, **objetivamente** bueno —por tanto perfectivo— **si no hay juicio verdadero**; b) por otro lado —valga aquí la experiencia de cada uno— a veces se nos presentan dos o más objetos que nos "tientan", nos atraen; y el juicio de la inteligencia es verdadero en cuanto a que uno de los objetos (y actos) es humanamente ordenado, perfectivo, y los otros no; pero, allí están, provocándonos, llamándonos, ¿cuántas veces **sabemos** lo que **debíamos hacer** y, no obstante, actuamos de diferente manera, esto es, la voluntad no sigue al juicio verdadero de la inteligencia? He aquí lo que llamamos —metafóricamente— "debilidad de la voluntad". Evidentemente hay en esto una "falla": el hombre es el único ser natural, vivo, que puede tender hacia algo que no lo perfecciona, aún sabiéndolo y teniendo, no obstante —como todos los otros— una vocación, un apetito fundamental de plenitud; c) por otra parte, estas mismas tendencias que se dan en nuestra subjetividad —aunque referidas a otra cosa— y los estados

afectivos no tendenciales (tristeza, alegría, etc.) "tiñen" el juicio de la inteligencia, "colorean" con el color de los afectos los objetos que han de ser juzgado. De allí aquello "voir tout en rose" o, por el contrario, "todo negro"; o lo que nos acontece cuando, al **deliberar** en nuestra interioridad, en medio de un conflicto de tendencias, no queremos pensar, detenernos, en alguna de las posibilidades de acción que nos desagradan, para reforzar la que nos agrada; porque "intuimos" que, si pensamos, tendríamos que obrar del modo que menos nos gusta pero que es el correcto, el perfectivo; y buscamos razones y más razones para "apuntalar" la tendencia predominante hacia el objeto agradable con el fin de justificarla y... justificar nos, aún cuando —quizás por eso— allá muy en el fondo de nuestra interioridad, nuestra conciencia no esté "tranquila" y objete: de donde la necesidad de encontrar razones para "taparle la boca", para convencernos a nosotros mismos, para engañarnos ⁽¹²³⁾. Es lo mismo —o casi la misma situación— que se plantea cuando no queremos escuchar a quien —en nuestra intimidad— sabemos que tiene razón contra... nuestros gustos; o aparentamos escuchar pero estamos buscando con toda celeridad razones para reforzar nuestra posición... afectiva. A veces ocurre que, intelectualmente, sabemos dónde está la verdad; pero, afectivamente, adherimos a otra cosa. ¿Y nuestros actos, en estos casos? Si el sujeto está enriquecido por virtudes, seguirá la línea de la inteligencia, ordenando su afectividad aunque algo le "duela" interiormente; mas si no lo está y quiere estarlo, sus actos serán contradictorios o zigzagueantes. Esto no puede durar mucho: o se termina destrozado interiormente, o se pliega, con gran esfuerzo —adquisición de las virtudes—, la afectividad a la inteligencia; o bien la inteligencia es dominada por la afectividad y se aplica para justificar las tendencias predominantes: nos autojustificamos ⁽¹²⁴⁾.

Pero, y este es el centro de la cuestión que nos ocupa, el hecho es que la conducta del hombre puede o no ser perfectiva, como consecuencia de la "débil" voluntad (sin virtudes), de la multiplicidad, diversidad y oposición de tendencias, de la influencia de la afectividad sobre la inteligencia y por tanto sobre los actos.

- d. Por supuesto, la falibilidad del hombre que nos ocupa en este apartado, comprende todas sus dimensiones y líneas de conducta;

afecta por tanto, a las sociedades de que es miembro que, por ello, son mejores o peores, lo cual revierte sobre cada hombre incidiendo sobre él desde afuera ⁽¹²⁵⁾.

Esta falibilidad y sus causas inmediatas hacen que el hombre sea el único ser "frustrable", **desde su misma intimidad**.

- e. La consideración que realizamos, incluido el nivel de experiencia y observación personal, nos ofrece el hecho de la falibilidad; la psicología puede describirlo y señalar los factores y elementos objetivos y subjetivos de su gran complejidad; pero ni la observación reflexiva, ni la ciencia nos ofrecen el por qué, la explicación última, la razón de ser de esta falta —en la naturaleza humana— de congruencia (interior, tendencial y respecto a sus actos y sus fines perfectivos), que designamos con el nombre de falibilidad. Parece no haber explicación racional para este hecho que hace del hombre —también desde este punto de vista— un ser único entre los otros seres de la naturaleza. El Cristianismo tiene una explicación, que no viene por vía de la razón sino de la Revelación: **la naturaleza caída**, con una quiebra interior que da razón de por qué el obrar del hombre, a la par que obrar libre, no es o puede no ser perfecto, adecuado al modo de ser espiritual y a sus fines perfectivos; por qué el hombre, siendo llamado por su propia naturaleza al oficio de conductor de su vida, ignora —y puede ignorar durante toda su existencia— sus fines perfectivos, incluido su Fin Ultimo, que da sentido a todos los otros, a la vez que los medios para alcanzarlos; por qué puede errar en el conocimiento de aquéllos y por tanto en su conducción; por qué tiene varios "motores" (apetitos, fuerzas tendenciales) **no ordenados** que no sólo pueden ser divergentes sino opuestos y que lo pueden llevar a objetos (fines) imperfectivos y, por tanto, a malograrse como hombre.
- f. La incidencia que esta característica —la de ser falible— tiene sobre la problemática educativa es enorme y fundamental, pues siendo la causa de la **necesidad** de la educación, a la vez implica, por un lado, campos sobre los que ha de ejercerse la acción educativa (inteligencia, voluntad, afectividad) ⁽¹²⁶⁾; y, por otro, fines de la misma ⁽¹²⁷⁾: superación de la ignorancia especulativa y práctica; adquisición de "seguros" —hábitos— contra la posibilidad de errar en el juicio teórico y práctico; enriquecimiento —fortalecimiento—

de la voluntad por virtudes; dominio y ordenación de la heterogénea multiplicidad interior (ideas, imágenes, recuerdos, tendencias, etc., etc.); el logro —con aquella ordenación— de la unidad interior, etc.; y, con esto, la reducción de la falibilidad en las variadas líneas de conductas correspondientes a las múltiples dimensiones y la mayor posibilidad de conseguir los bienes correspondientes que perfeccionan la naturaleza.

12. — EL HOMBRE: ¿SER HISTÓRICO?

1. El tiempo: cambio y permanencia.

El hombre es limitado en el tiempo: tiene comienzo y fin, nacimiento y muerte; y entre ambos términos hay en él **permanencia y cambio**, que es búsqueda —acertada o no— de plenitud, de los bienes que puedan responder a la apetencia de su naturaleza. Pero esa su vida —nuestra vida— se desarrolla en el tiempo, por lo mismo que hay **cambio**. Un antes (pasado), un ahora (presente) que se escapa, un después (futuro), unidos por lo que hay de **permanente**, de todo lo cual tenemos conciencia: del cambio que significa el presente respecto al pasado, de la permanencia de la persona consciente y observadora del propio cambio; mientras que el futuro aparece velado por una cortina inescrutable y sobre el cual sólo podemos proyectarnos con una imaginación transida de espíritu, con juicios tentativos, hipotéticos, planes y decisiones, sobre lo cual no tenemos ninguna posibilidad de juzgar **con certeza** porque el futuro anticipado en nuestra mente, aunque arranca del presente, **no es todavía** y puede no ser nunca.

De esto excluimos, por supuesto, aquello que, aunque afecte al hombre, es común a todos los seres físicos (como la gravedad) o a los seres vivos (como la muerte) o está encadenado **necesariamente** al presente como el cumplimiento de las leyes de la naturaleza biológica. Y esta exclusión la hacemos pues en todos estos casos se trata de algo que, **a pesar de que se dé en el hombre, no es "humano"** en sentido estricto, sencillamente porque no lleva el signo del espíritu —libre— característico del obrar "humano", de aquello que, dentro de la multiplicidad de las cosas temporales, es privativo del hombre. Allí donde hay determinación, podemos predecir el futuro: allí donde conocemos **todas** las causas presentes de algo futuro y **nada** depende de la libertad del hombre. Pero en ese orden no se da "lo humano" que es el ámbito y el sujeto de la historia.

Entre otras características, se hallan en el hombre la **libertad y la fatibilidad** que tienen su incidencia en ese futuro que todavía no es. Ser histórico significa pues, primeramente, **estar en el tiempo** y en

devenir, en cambio; pero, a la vez, **permanecer**, por debajo del cambio, en una continuidad de la que son testigos la memoria unida a la inteligencia, y la conciencia. Y significa conocer la propia autoría del acto que decido libremente en el presente, para ejecutarlo en un nuevo presente que todavía no es. Pero cuando esa ejecución, todavía futura, fruto de mi libertad —aún condicionada—, sea presente, habré pasado de la potencia de ejecutarla al acto; **habré cambiado**; pero **seré el mismo** que la decidió en un momento que, entonces, ya será pasado.

2. Arquitecto de mi propia vida.

Esta **continuidad** de la naturaleza inteligente, sustancial, de la persona, es la que permite acumular mi pasado y el de otros, lejanos o próximos, que hemos entrecruzado nuestros actos y sus consecuencias, incluso con causas y circunstancias físicas y biológicas —no “humanas”—; y esa acumulación forma parte de mi presente: **naturaleza, libertad y cultura** encarnados en mí, ahora, fruto de la naturaleza, libertad y cultura de muchos en el pasado y de las mías propias antes de ahora. Desde el pasado, Usted y yo, tal como somos ahora, hemos sido impredecibles o imprevisibles —desde una perspectiva humana—, justamente porque en aquel multiplicísimo entrecruzamiento de causas en el pasado, en los otros, y en la cultura, ha incidido la libertad; y ya en mí mismo, también aquella acumulación es **parcialmente**, fruto de mi propia libertad en mi propio pasado. En este sentido y medida, “yo fui arquitecto de mi propio destino” de hombre, para decirlo con palabras de Amado Nervo. Por mucho que en los genes estuvieran pretrazados el color de los ojos, la estructura del rostro, etc., no lo estuvieron mis actos libres que han ido dando rumbos y configuración a mi vida, tal como soy ahora, en este fugaz presente, que no es tan fugaz desde el ángulo de lo que hay en mí de permanente por ser sustancia; y porque el modo de ser **constitutivo fundamental** de esta sustancia admite ciertos modos de ser **constitutivos adquiridos**, como segundas naturalezas, los hábitos, cuya constelación también es factor de un modo de ser permanente. Y es claro que en este segundo “estrato” constitutivo hay algo que no depende de mí en la medida en que está en relación de dependencia del primero y de las circunstancias que han ido entretejiéndose con

mi vida. Pero hay algo, en el perfil dinámico de la arquitectura de mi vida —y de la suya, lector—, justamente en aquel punto en que el boceto se transforma en contorno concreto, singular, diferenciado en “lo humano”, hay algo en aquel segundo estrato de segundas naturalezas y en la conducción del dinamismo, que sí depende de mi libertad y me hace responsable —arquitecto— de mi vida.

Este modo de ser constitutivo singular —naturaleza sustancial y hábitos y modalidades estables adquiridos— me hace ser como soy, con características también singulares, y es lo que permite formular hipótesis a mí mismo y a otros, —a veces hasta afirmar, “apostar” e incluso jurar—, acerca de cómo obraré yo mañana (futuro) o cómo lo hará Fulano, frente a una circunstancia determinada; sin embargo... tal acontecimiento futuro **puede no ocurrir**, ya porque las circunstancias —entre las que hay que contar las decisiones de otros— varían, ya porque frente a ellas, un imponderable objetivo o subjetivo me haga cambiar de decisiones, justamente porque soy libre; y porque la apreciación de las circunstancias, necesaria para un acto libre, no suele ser igual en su anticipación mental que en la apreciación cuasipresente que realizaré cuando aquel futuro ya no lo sea. Por esto, a veces, nos llevamos “sorpresas” en el modo de actuar de Fulano o de Mengano. Hubiéramos asegurado que reaccionaría de tal manera, porque “lo conocemos”, es decir, porque conocemos **su modo** permanente y singular de ser y actuar, quizás su estilo. Pero, llegado el caso, nos encontramos con que ha obrado como no lo previmos. Esto tiene excepciones, sobre todo cuando se trata, o bien de aquél que está sometido a alguna pasión o debilidad de espíritu tan encarnada que parece inseparable de él —pero este hombre no es libre—; o bien, por el contrario, cuando se trata de un hombre que ha incorporado a su vida de un modo inseparable, cuasisustantivo, normas morales y/o religiosas y sus correspondientes virtudes, al punto que no le concebimos siendo de otro modo. Pero, aún así, nos podemos llevar sorpresas.

Si suelto una piedra, antes de soltarla (presente), ya sé que caerá (futuro): puedo predecirlo con certeza en virtud de una ley física. Pero no hay ley inexorable (determinación) en la conducta de un hombre, sobre todo si ha aprendido a ser libre; y porque, aún siendo libre, es **fallible**: la historia también se teje con las debilidades humanas.

3. El hombre en la historia.

Hasta aquí una reflexión fundada en evidencias que valen para cada hombre.

En otra parte nos hemos ocupado del hombre como ser condicionado y hemos distinguido entre condicionamiento y determinación; más adelante trataremos del hombre como ser social, como "parte" — moral, no física — de la sociedad.

Pero no se puede soslayar aquí el hecho de "ser social", con motivo de su condición de ser histórico.

Porque el hombre es, a la vez, sustancia individual (un "todo") y **parte moral** de las sociedades en que se haya inscripta su vida: familia, gremio, club, universidad, sociedad política, sociedad religiosa, etc. Y estas sociedades tienen, como el hombre, por ser justamente humanas, el carácter de "históricas". Se dan en y con el tiempo. Tienen su pasado, su presente y tendrán su futuro. Cuando se oye o se lee que el "hombre está inmerso en la Historia", como si la historia fuese una "cosa", una corriente en la que el hombre está insertado, arrastrado, llevado, se piensa generalmente en las sociedades; sobre todo en la sociedad política, en los pueblos o en su conjunto, en la humanidad, que se "desarrolla" en el tiempo: la imaginación nos hace una de sus jugarretas y creemos que esa "corriente" imaginada y pensada sobre la base de imágenes, es tal, así, en la realidad objetiva. Y se ha pretendido, sobre la base gratuita de esa cosificación, encontrar leyes que la explicarían y permitirían para algunos que ofician de profetas sin mandato, predecir el futuro, sea al modo de los ciclos biológicos (¿Spengler? ¿Toynbee?); sea al modo de un "progresismo lineal", inspirado en la teoría evolucionista de Darwin (Spencer) ⁽¹²⁸⁾ y muy divulgado a nivel periodístico — por tanto del gran público — ⁽¹²⁹⁾; sea al modo también progresista, de ritmo dialéctico, ya en su versión idealista (Hegel), ya en su versión económico-materialista de Marx y Engels, ⁽¹³⁰⁾. Estas leyes implican un determinismo histórico (historicismo) mayor o menor; y significan en último término la negación de la libertad: de la suya y de la mía; de la de Marco Antonio, Cleopatra, Julio César y Octavio Augusto; de la de Cristo, de Pablo de Tarso, Constantino, Agustín de Hipona, Carlomagno, Isabel la Católica, Colón, Juan de Austria, Napoleón; y la negación de la libertad de Hitler, Churchill, Stalin, Roosevelt, etc., por citar los nombres de algunos cu-

yas decisiones "marcaron" un "rumbo" en la historia de los pueblos, que de algún modo nos afecta, a Usted y a mí, aquí y ahora; y afecta a muchos otros: ¿estaban **determinadas** sus decisiones por los condicionamientos sociales, por las "corrientes" de la historia, por la dialéctica de la materia y de la sociedad? ¿o pudieron tener otras y haber sido otro el "rumbo de la historia"? ¿Estaba Europa Oriental "condenada" por las "leyes de la historia" a la opresión comunista por parte de Rusia? ¿o fue condenada por un acuerdo que tomaron cada uno en uso de su libertad, Stalin, Roosevelt y Churchill, en función de **sus fines**? ⁽¹³¹⁾. ¿Quién condenó a los tibetanos a desaparecer como pueblo: las leyes de la historia (progreso) o la decisión de Mao Tsé Tung?

El estudio crítico científico de estas pretendidas leyes no corresponde hacerlo aquí; remitimos al lector a la crítica que hace un agnóstico como Karl Raimund Popper ⁽¹³²⁾, sobre la base de otro tipo de argumentación.

Es indudable que al nacer lo hacemos en una situación cultural-económico-social que corresponde a una cierta familia: y la de ésta, en cierto modo, a un país; y la de éste, a una más amplia. Y la situación en el momento de nacer es un presente, en un momento del tiempo humano, de la historia.

Pero, ya lo vimos, estas situaciones son condicionamientos, mayores o menores, resultado — para cada hombre — de ese entretrejo de que hablamos, de naturaleza, cultura y libertad de muchos otros hombres, aunque al hablar de cultura, ya se incluye, parcialmente al menos, la libertad. Si aquel entrecruzamiento fuese sólo de lo que atañe a la naturaleza biológica, podríamos hablar de determinación y, quizás, encontrar sus leyes. Pero hay también cultura, que resulta de la aplicación de la inteligencia y de la voluntad libre sobre la naturaleza; y esto nos impide ya hablar de leyes absolutas que rijan la historia.

Esta aplicación de la inteligencia y la voluntad libre sobre la naturaleza "relacionada" del hombre, produce resultados objetivos que trascienden a cada individuo — a cada antepasado, a Usted y a mí —; constituyen ese ámbito cultural-social que incluye cada lenguaje con lo que tiene de universal y de particular, de lenguaje básico, de literatura y de estilo; que incluye la música, la pintura,

la escultura, la arquitectura, la educación y la religión; el modo de hacer la guerra y de vivir la paz; es decir, el saber, el arte y las costumbres nacidos de las relaciones del hombre con las cosas, con los otros con quienes convive y con Dios, bien o mal conocido. En todo lo cual hay algo que arranca de la naturaleza misma y algo que está librado al ingenio y a la libertad, aunque condicionada y falible. Y, además, hay que contar con la **decisión política** libre que, siempre condicionada, como toda acción humana y quizás interferida por otras decisiones políticas, no está determinada y ha ido manteniendo o cambiando el sentido, en el tiempo pasado, de cada pueblo, y de las relaciones de unos con otros, hasta llegar a ese presente del nacimiento —el suyo, el mío—, que también dependió de acciones libres de padres, abuelos, bisabuelos al pronunciar en su momento el sí de su matrimonio. Y de algún modo tuvo incidencia la libre decisión de Isabel la Católica y de Colón; y el hecho físico de que, lo que habría de llamarse América, está aquí. Mi nacimiento —el suyo quizás— pudo no haber tenido lugar de no haberse producido el encuentro concordante de múltiples decisiones libres. Y este encadenamiento de resultados de causas libres, tejidas entre sí e incluso con otras que no lo son, también se da en el orden cultural y en el económico, que son órdenes humanos, temporales, históricos.

Las situaciones mismas en que nacemos, como se advierte, son, **por lo menos parcialmente**, frutos de acciones libres, imposibles de prever, no porque, de hecho, se desconozcan sus causas, sino porque en éstas se incluía la libertad de múltiples decisiones, aunque fuesen condicionadas. Nadie podía prever en el siglo XIV, ni en el XVI, el sentido que tendrían todas las decisiones libres, durante generaciones, hasta llegar y hacer posible el nacimiento de Hegel. ¿Cree usted que fue fruto del cumplimiento inexorable de una ley de la Historia? Como nadie pudo prever en su siglo, la obra de Hegel.

Tampoco —valga lo anterior— en lo que atañe al nacimiento de Carlos Marx y a su obra. Y aquello resultaba imposible porque no se puede adivinar la libre decisión de nadie —aún cuando se pueda conjeturar—; menos aún el encadenamiento de las **consecuencias** de las decisiones libres, en el cual encadenamiento se inclu-

yen **otras decisiones libres**. ¿Quién va a negar las consecuencias de los nacimientos de Hegel y Marx, cada uno con sus condicionamientos, con su situación? ¿Quién se atrevería a profetizar con certeza?

4. Los pueblos en la historia.

Aquí cabe intentar la analogía con lo que dijimos en otra parte acerca de la naturaleza y las segundas naturalezas —hábitos— a propósito de las personas. También esto se da —o puede darse— en cada pueblo, salvando la distancia entre la unidad sustancial de la persona y la unidad moral de un pueblo.

Cuando acontece, esto es, cuando **sobre la naturaleza** social básica del hombre, que permite las relaciones que originan un pueblo, se constituye un perfil dinámico característico, una configuración propia, cuasi especificante, al modo de segundas naturalezas dinámico-sociales que incluyen y explican la relación con una tierra y sus cosas concretas, con un lenguaje y un arte, con unas costumbres, una religión y una política, que se van plasmando y durando en el tiempo, y —como ocurre con los hábitos— todo esto se asienta sobre la naturaleza humana a la vez que emerge desde ella, conductora libre y falible, entonces, hay historia de un pueblo, en la que se entretajan lo permanente y lo mudable. Historia vivida que no debe confundirse con la acumulación de lo meramente transcurrido, anecdótico, pasajero, sino que supone **la permanencia** de lo que hay de tal en las personas, en sus relaciones y en sus valores; así como la libertad que le otorga sobrerrelieves característicos al dinamismo de aquella permanencia. Historia que **lo constituye** —su constituyente—; con un pasado intransferible —como en la persona— que explica y da sentido a un presente, en el que es recibido —un traditum— sin restarle libertad creadora; pero encuadrando esa libertad, condicionándola moralmente, enraizando la libre decisión para el futuro en el constituyente real, la tradición encarnada en el presente concreto: tierra, pueblo, lengua, arte, ethos, religión, política, que dan contenido a la palabra Patria. Como, desde ella, la libertad da sentido a las palabras patriota y traidor, patriotismo y desarraigo. Por eso, la conducta de un pueblo y de los responsables de su arquitectura dinámica no pue-

de ser patriótica si corta las raíces, si rompe los cimientos; como aconteció con la forzada aplicación de la ideología liberal, que sólo ha conseguido la descomposición, cuyo espectáculo presenciamos o vivimos, tanto más avanzada cuanto mayor haya sido el éxito del intento.

La libertad que decide el futuro de un pueblo es traición si no se encuadra moralmente en la configuración concreta de la tradición, **en la medida en que ésta haya sido edificada sobre la naturaleza real del hombre**, sus relaciones y sus valores concordantes con aquélla y verdaderamente perfectivos. Lo que **no significa quedarse en el pasado**, sino, al contrario, como acontece en la persona: desde el pasado concreto, asumido en el presente también concreto, se proyecta la decisión hacia el futuro, que incluso puede corregir la previa falta de fidelidad a la naturaleza y a sus exigencias; porque la fidelidad a la tradición no puede implicar traición a las exigencias de la naturaleza sobre la que aquélla se debe edificar; así como la fidelidad al padre no puede extenderse a sus errores. Cualquier acto libre, así, supone un marco moral fundado en la verdad.

Por eso **la Revolución**, en el sentido marxista de la palabra, que viene desde muy atrás, no es sólo ruptura con la concepción burguesa, liberal, que le preparó el camino con su papel disolvente. Es mucho más. Es a la vez que una ruptura de la relación ontológica con Dios, con todas las consecuencias ético-religiosas, una ruptura con todo lo humano y con todas sus dimensiones individuales y sociales, puesto que niega al hombre su individualidad sustancial —principio de su permanencia— y su naturaleza espiritual, con lo que suprime su condición de persona; ruptura y negación que implican supresión de la libertad, de la tensión vital teleológica perfecta hacia bienes y valores objetivos permanentes acordes con la naturaleza; por tanto, de normas morales, etc. Desde nuestro ángulo, por instaurar el **cambio revolucionario permanente** —lo único permanente es el cambio—, traiciona a la naturaleza humana y a la humanidad toda, de cada pueblo y de cada persona; pretende romper con todo pasado, con toda historia, de cada pueblo y de cada hombre. Por eso está contra toda tradición, porque está contra toda permanencia ontológica y, con más

razón, histórica: es la anti-historia y, por su propia esencia, la anti-patria; la ideología más antihumana que se haya podido concebir, "intrínsecamente perverso" en palabras de Pío XI⁽¹³³⁾.

Más la libertad de decisión de cada persona, no sólo está condicionada por lo que de permanente hubo y hay en sí misma por ser tal; y por sus relaciones ontológicas, psicológicas y las que son moralmente necesarias en cuanto es un "todo"; y por su historia "personal". No solo se halla encuadrada, limitada, en tanto que es "parte" de un pueblo, por el *traditum* común. Por su condición dinámica, de búsqueda de perfección, cada uno está proyectado moralmente a bienes comunes concretos —de la familia concreta, de la Patria concreta— que exigen ciertas decisiones y conductas como deberes, como imperativos morales, para **asegurar**, en el flujo de la multiplicidad de relaciones y circunstancias sociales, la consecución y permanencia de un **bien común**, que puede ser presente, pero que siempre también es futuro; que siempre exige la subordinación de la libertad y el bien individuales, de cada persona, a ese Bien Común concreto que trasciende a cada uno y a cada uno perfecciona y "libera" de la imperfección.

Desde esta perspectiva, también la historia —mirando el futuro desde el presente— depende de la libertad de cada uno de los miembros de un pueblo y de la de sus conductores; de una libertad que desde aquí, desde el ángulo del bien común concreto presente y futuro, permite también encarnar la cualidad de patriota o la de traidor; libertad que "libera" de imperfección sólo si se traduce en fidelidad y sacrificio de lo particular. Y así perfecciona a cada uno. Y así construye la Patria de los que vendrán, porque se continúa constituyéndola, en el devenir, sobre aquello que en ella fue, que es y debe ser permanente.

La relación entre la persona considerada como un "todo" libre y a la vez "parte" moral de la sociedad, con ésta misma, y entre el bien particular y el bien común, es una relación que no suprime aquella libertad ni aquel bien, pero los subordina a este último, el de la Comunidad, que sirve de regla a los primeros y, por supuesto, a los gobernantes. Y a todos sirve de regla el Último Bien Común, Dios. Mas esto implica orden acorde con la naturaleza de los individuos y de la sociedad: orden en las conductas, orden mor-

ral, por consiguiente; orden dinámico sí, pero que no suprime sino que supone la libertad. Porque es libremente como el orden resulta re-creado, esto es, mantenido en el dinamismo histórico, por la decisión de cada persona, en tanto que parte moral de la sociedad pero dueña de sí y de su conducta. Y es libremente como el gobernante lo sirve y va trazando la arquitectura histórica de su pueblo, de acuerdo a su tradición y a su Bien Común, lo que excluye la arbitrariedad autocrática y el totalitarismo. Como aquella libre subordinación al servicio del Bien Común excluye al liberalismo y al anarquismo.

Tradición y libertad; orden y libertad; autoridad y libertad; persona libre y sociedad, no se excluyen ni se contraponen cuando se ubican en su quicio: cuando en el dinamismo temporal de la persona y de la sociedad, que constituye su historia, sabemos encontrar el sentido regulador del bien objetivo que perfecciona y de su jerarquía; y la subordinación de los bienes particulares a los bienes comunes.

Desde este quicio se mide el servicio callado, el ordinario y el heroico; y la debilidad y la traición: a sí mismo, a la familia, a la Patria, a Dios.

5. El determinismo histórico.

Claro es que hay que reconocer que está "en el aire" y en la mente de muchos "profetas" de nuestro tiempo, de sus acólitos y en cuanto medio de comunicación masiva penetra en nuestras mentes, aquello de que la humanidad avanza en determinada dirección —por tanto la historia—; que ese avance es inexorable y que justamente esa dirección es... el socialismo, para no decir "la sociedad comunista del futuro" lo que puede asustar, aunque ya no mucho, a quienes con mayor o menor ingenuidad no conocen —o no quieren conocer— la realidad comunista del presente⁽¹³⁴⁾.

No hay la menor duda de que se trata de un lavado de cerebro colectivo, de un pre-convencimiento, de orden pseudocientífico (no se ha demostrado ni se puede demostrar), con el que se intenta convencer de antemano a todos de que es inútil toda oposición porque la marcha de la humanidad hacia el socialismo responde... a una ineluctable ley de la historia. Con lo que se quiere lograr que

todos colaboremos en el advenimiento del socialismo, so pena de ser declarados "ciegos", "retrógrados", "reaccionarios", de tomar una inútil postura contra "el viento de la historia". Claro está, como dice V. Lamsdorff G.⁽¹³⁵⁾ que "si todos colaboramos en instaurar el socialismo, se acabará cumpliendo la predicción de que tendremos socialismo. Lo más bueno es que es verdad: si todos nos ponemos en camino hacia la puerta de Alcalá, acabemos llegando todos a la puerta de Alcalá".

Lo que no es verdad es que esto obedezca a una ley de la historia, que no las tiene; a un movimiento dialéctico fatal que se quiere transportar desde la mente de Hegel (y de Marx) y sus seguidores a... la realidad; y desde las "usinas" marxistas a... nuestra mente. Nos quieren insuflar, primero, una **desesperanza** en cualquier otro futuro; luego, una **fe** en el "sentido de la historia" y en el futuro socialista; después una **esperanza** en él. "Como el juego, el historicismo nace de la falta de fe en la racionalidad y la responsabilidad de nuestros actos. Es una esperanza, una fe bastarda que surgen del entusiasmo moral y del desdén del éxito, por una certeza derivada de una pseudociencia de los astros, de la "Naturaleza humana" o del destino histórico"⁽¹³⁶⁾. Puede ser que se instaure un socialismo mundial; puede no ser. Yo no lo puedo prever; Usted tampoco, lector. Dependerá del entrecruzamiento de múltiples decisiones **libres**, aunque condicionadas; de otras no tan libres o de esclavos contemporáneos que tienen alienado su poder de decisión; pero todas, decisiones **fallibles**. Dependerá de las decisiones de los gobernantes libres y de los gobernados que quieran serlo, o porque lo son ya, o, porque no siéndolo, ha llegado a sus espíritus, por algún resquicio, la luz que les permite ver su miseria y sentir la fuerza del espíritu que clama por una dignidad pisoteada y comienza a rebelarse contra una dictadura —embusteramente llamada del proletariado—, como ha comenzado a suceder en muchos que "piensan" en la U.R.S.S. y consiguen vencer el miedo al "sistema" feliz de los campos de concentración, las cárceles y los sanatorios psiquiátricos con sus drogas para que dejen de pensar...⁽¹³⁷⁾. Y dependerá también de mi estupidez o mi sagacidad —y de las suyas lector— y las de cada hombre, para seguir "el viento de la historia" o tomar la decisión de obrar con inteligencia y libertad; decisión que deberá surgir de una inteligencia lúcida (prudente) y

de una voluntad enriquecida por la virtud de la fortaleza, ya que se tratará de marchar contra la corriente dirigida y aumentada por la estupidez y la "viveza" cómplices.

6. La conjetura del futuro.

Sí, el hombre es un ser histórico, pero no es corcho en el río de la historia... ni la historia es un río cuyo curso tiene un cauce determinado por la pendiente. Hay que saber mirar al hombre —hay que saberse mirar— desde todos los ángulos reales y simultáneos: el de su individualidad y el de su condición de miembro de sociedades; el de su materia y el de su espíritu; el ángulo de lo que hay en él de determinación (físico-biológica), de condicionamientos biológicos, psíquicos, socioculturales y socioeconómicos; y el ángulo de su señorío sobre sí mismo y su conducta: el de su libertad; el ángulo de su naturaleza subsistente, sustancial y el de los cambios accidentales; el de su ser limitado o imperfecto y el de su deber ser que arranca de las exigencias de su mismo ser; y, desde aquí, su condición de ser en sí mismo imperfecto pero perfectible; y su dependencia, para el acceso a su perfección de hombre, de una relación de conducta libre con un orden **objetivo** de bienes (valores), acordes con su naturaleza, para los cuales ésta se halla conmensurada y llamada. El ángulo de lo que hay de bueno, de noble y el de malicia, perversidad y complicidad, actuales y potenciales; el ángulo de "humanidad" o perfección conquistada y firme, y el de su posibilidad o actualidad de molusco informe, desborde subhumano de la legítima capacidad de adaptación. Asimismo hay que saberlo mirar, desde aquellas bases, en su condición de legatario de un patrimonio cultural que viene del pasado y se integra a su espíritu —al suyo, al mío— lentamente, para lo que nace abierto —al principio sin saberlo—; herencia que, en la "zona" de sus accidentes espirituales, lo integra y lo conforma en su ser concreto, a través de relaciones sociales que son portadoras de ese pasado en la continuidad que subyace en cada momento presente. Está abierto al legado nutrido **por su espíritu. De este modo, el hombre es ser histórico** en un riquísimo sentido acorde a la vez con su condición de ser social, de ser condicionado y de ser persona, libre. Puede resumir, encarnar, en sí mismo, lo mejor del pasado de la humani-

dad, aunque también lo peor. Y así, cuando el hombre es ya —logra ser— conductor de su vida, precisamente por el pleno señorío de su espíritu —con el que no nace y que no es fácil de conseguir—, entonces, aquella encarnación del pasado que convierte en sí mismo, puede realizarla con libertad, con su juicio que discrimina y su voluntad que elige.

Pero, esta decisión nutricia acerca del pasado que adopta e incorpora en el presente continuado de su propio ser es, a la vez en razón de la temporalidad pero también de la sustancialidad de su persona, **una plataforma desde la cual se proyecta** sobre cada momento de su futuro, también con su juicio y su voluntad libre, con su inseparable característica de ser falible, con la multiplicidad de condicionamientos de su presente y de aquel futuro a que se lanza. Esta plataforma de su ser presente, y su decisión libre, y sus flaquezas presentes y probables, y sus condicionamientos, y el tejido futuro de relaciones con factores no humanos (físicos, biológicos, etc.) y humanos, conforman **una ecuación cualitativa aún no presente** cuya resultante "humana" —también cualitativa— es **imposible** de prever y de resolver en el presente, **sólo** porque en la multiplicidad de factores de esa "ecuación" futura, hay muchos que en este presente y en aquel futuro, son y serán libres y falibles o, quizás sea mejor decir, son y serán faliblemente libres, repitiendo una expresión que ya hemos empleado.

Mas, en razón de la insoslayable porque **esencial** característica **social** del hombre, esto que acontece a cada uno afecta siempre —para bien o para mal— a las relaciones sociales y a la sociedad toda como unidad moral. Por esto se puede hablar de la "cultura", de los "valores", de la "grandeza" o degradación de un pueblo, siendo como son sus miembros los portadores concretos de cultura, valores, nobleza o degradación; y porque su ser no termina en los límites de la piel sino que incluye las relaciones con los demás y los elementos comunes de los que participa. Por esto se puede hablar del glorioso o del ignominioso pasado o presente de una nación. Por esto también se puede **conjeturar** acerca del futuro de los pueblos, mas no se puede profetizar con certeza, **allí donde las decisiones libres y falibles** pueden ser causales de su destino, ya fueren las decisiones encarnadas, vividas, de sus miembros, que configuran las costumbres, el "ethos", ya fueren las decisiones políticas que pue-

den afectarlas. Y también se puede, sobre la hipótesis, la conjetura, la previsión, tomar libremente, precauciones con respecto a aquello que haga peligrar a la nación misma, precauciones que siempre estarán, como en toda acción humana, condicionadas, sin que esto signifique confundir "condicionantes" con "determinantes".

7. La trampa del "viento de la historia".

Por otra parte, no se puede ignorar que el "encuadramiento" de factores condicionantes que circunscriben el ámbito de la decisión libre de una persona o de un gobernante puede ser de tal magnitud que parezca constituir un complejo de factores determinantes más que condicionantes. Y, sobre estas bases —para ceñirnos a nuestro tema—, se podría intentar, desde el presente, trazar su futuro... o predecirlo; sobre todo si se trata de un futuro más o menos inmediato. De ahí que un diario pueda anunciar en sus titulares, por ejemplo: "N.Z. morirá en la silla eléctrica" aludiendo a un criminal condenado a tal pena; aunque... ¿qué pasaría si cambiara la legislación antes de que le fuera aplicada la pena? Y esto ha sucedido; y ha sucedido porque entre el momento de la sentencia y de la ejecución —un presente y un futuro— cabía la posibilidad de otras decisiones libres que interfirieran lo que en el momento de la sentencia parecía ser un futuro inexorable.

¿Podía predecirse la derrota de Alemania en la segunda guerra mundial antes que E.E.U.U. —o su gobernantes— decidieran entrar en la guerra? Si hubiera podido predecirse en nombre de las "leyes de la historia" o de la marcha inexorable de la "democracia" —ahora dicen que es hacia el socialismo—. ¿Por qué se empeñó tanto la diplomacia soviética (y la inglesa) en convencer a los gobernantes norteamericanos? ¿Acaso no fue justamente porque se trataba de decisiones humanas —libres, por tanto imprevisibles— las que, proyectándose sobre el futuro, constituirían un nuevo presente imposible de afirmar antes de la decisión que le permitiría pasar de la mera posibilidad a la realidad del hecho histórico?

Lo notable es que las mismas centrales de poder desde las cuales se alimenta la conformación de una mentalidad en cada hombre, en todos los hombres, de la que sea premisa inseparable aquello

de la "marcha de la historia" (hace treinta años hacia la democracia, ahora hacia el socialismo) esas mismas centrales de poder, están usando de su libertad y decisión para producir el "encuadramiento" de que hablamos antes, de modo de ir transformando todos los factores "condicionantes" de la decisión en factores "determinantes". Pero están usando para ello un arma más peligrosa que cualquier otra de tipo físico o químico; el arma más antihumana porque penetra hasta el meollo cualitativo del hombre hasta convertirlo en robot, en máscara de hombre; el arma que permite "apoderarse" del enemigo potencial sin disparar un solo tiro; el arma que permite apoderarse de su espíritu sin que lo advierta, por tanto de su poder de decisión; incluso, dejándole la ilusión de que es libre. Ese arma no tiene forma ni calibre determinado; no tiene peso ni color, ni olor... o los tiene de todos los gustos. Pero apunta a un objetivo: la estructura mental, las categorías mentales, la óptima mental, en fin... la mentalidad. Porque entre la realidad tal cual es y el espíritu que la conoce puede interponerse una "lente", a modo de categoría subjetiva —lo que suele acontecer de modo empírico— con la que se "ve" el mundo, las cosas, las personas, de un determinado "color" o de una determinada manera. Sólo —y nada menos— que en lugar de ver "tout en rose" o todo negro, se trata de que veamos todo "en cambio permanente", pero en un cambio que significa "progreso" fatal y que se realiza históricamente, de modo dialéctico, hacia el socialismo. Si tales agremiados lograran conformar esta mentalidad, esta categoría subjetiva, en todos o en gran parte de los hombres, se lograría anular el único factor que no está **determinado** sobre la tierra: la voluntad libre; la libertad del espíritu del hombre, que es justamente lo único que puede arruinar los planes de quienes **quieren el futuro socialista** del hombre convertido sólo en factor de producción. Y se lograría anularlo porque la libertad se reduciría a elegir entre dejarse llevar por la corriente o... en remar a favor de la corriente. Nadie pretendería ser tan estúpido como para intentar remontar una corriente "irremontable" remando contra ella. Acontece ya, hasta en la Iglesia. He aquí el objetivo máspreciado e inmediato de la más grande e invisible guerra de la Historia: las mentes.

Mas, todavía, a pesar de los que ya están "mentalizados" (?)

—que son muchos— aún sinceramente; a pesar de la otra “mentalidad” fenicia que lleva el signo pesos —o dólar— a través de la cual se ve el mundo; y que lleva a otros —también son muchos— a correr para lucrar gozosos con las nuevas situaciones, adaptándose a la modalidad del negocio (¡cómo se reiría Lenin recordando, a propósito de los capitalistas, aquello de la soga con que serían ahorcados!); a pesar de los pseudo-teólogos marxistas que ya predicán la versión dialéctica y clasista de los Santos Evangelios, **todavía**, decimos, el enemigo **está muy lejos de lograr su objetivo**.

Y lo está, no obstante el reparto del mundo por las centrales de poder ya existentes, a pesar del Club de los Bilderbergers y de algún otro que pudiera haber detrás; a pesar de los maravillosos instrumentos de espionaje, de dominio y de penetración mental que le ofrece la electrónica; a pesar de “la era planetaria” ya inaugurada en silencio por las campanas de la muerte de las soberanías, de la libertad de decisión política, preludio de la muerte de toda libertad. Y nos atrevemos a decir que no lo logrará, aunque parezca seguro de su triunfo; nos atrevemos a afirmarlo, no porque nos creamos profetas, ni porque intentemos develar los “signos de los tiempos”, ni tampoco contradiciendo lo dicho ya acerca de las inexistentes leyes de la historia y la imposibilidad de prever el futuro; sino, precisamente, por la razón que expusimos para probar la tal imposibilidad; porque el hombre es un ser histórico justamente: pasado, presente y futuro de cada persona humana —siempre unidad relacionada, religada— y de cada pueblo, su historia al cabo, son realidades “humanas” que incluyen **junto y por debajo del cambio, algo permanente**, cuya raíz es el espíritu. Y el espíritu es libre por naturaleza. Se puede cambiar en el hombre sus accidentes contingentes; pero no se puede cambiar lo que emerge de la raíz misma de su sustancialidad, la inteligencia y la voluntad, fundamentos subjetivos de la libertad. Ni se puede cambiar la finitud del ser que la inteligencia conoce y la voluntad quiere, en el tiempo, fundamento objetivo de la libertad, del libre arbitrio. Ni tampoco puede cambiarse la religación ontológica del hombre y de todo ser finito con Dios, Autor de su estructura y su existencia.

No se puede fabricar el “hombre nuevo”, que pretende el mar-

xismo, aunque sí podemos un día llegar a caer en la esclavitud comunista, si no le oponemos, todos, nuestra inteligencia y la fuerza de nuestra voluntad libre. Claro está que hay quienes han creído que el hombre es Dios; y los hay que intentan sustituirlo no sólo porque quieren cambiar la naturaleza del hombre mismo, sino porque quieren constituirse en la providencia planificadora de la humanidad y de cada persona. Tal intento tiene un solo nombre: locura. Y tiene una raíz próxima: la soberbia de la razón, nacida de una vieja sugerencia diabólica, ahora más que nunca actualizada... “y seréis como dioses” (138).

8. El plan de Dios sobre el acontecer histórico.

En teología se trata también del Plan Divino. Este tema escapa a nuestra competencia. Pero hay algunos que intentan explicar la historia a partir del Plan Divino; otros —o los mismos— intentan escudriñar el Plan Divino desde los hechos históricos (¿los signos de los tiempos?) y, desde allí, otros —¿los mismos?— pretenden sacar patente de profetas. En este ángulo del problema incursionamos sólo para formular una pregunta y una afirmación. ¿Es que acaso Dios nos ha revelado **todo** su Plan? ¿O bien conocemos —por Revelación— **sólo algunos asuntos**, fundamentales, sí, pero pocos, y algunas profecías; y todo esto nos es presentado en la bruma del “Misterio”? La respuesta es obvia. En cuanto a la afirmación, no es muy difícil preverla tras la pregunta formulada: para conocer el Plan Divino, aunque sólo fuere en lo que atañe al hombre, por consiguiente a la historia y su condición de ser histórico, hay que ser... Dios. Nadie, fuera de Dios mismo lo puede conocer del todo. Cristo, el único que históricamente conocía el Plan Divino siendo hombre, lo conocía en tanto que el Hijo del Padre, Dios hecho hombre; y lo que comunica es “...el mensaje que debía decir y anunciar” (139); y lo que promete acerca de este asunto en cuanto a la venida del Espíritu Santo es que nos conducirá a la verdad plena... “y nos transmitirá el mensaje que recibirá” (140). En ninguna parte nos dice que nos ha transmitido **todo** lo que ha recibido del Padre o que conoceremos todo, en el tiempo, en nuestra condición de seres históricos. En cualquier caso, la única intérprete de su mensaje, La Iglesia, nos habla de “misterios”. Si alguien tiene duda

alguna acerca de esto que decimos, que oiga la Palabra, a través de Isaías: "Yo deshago los presagios de los adivinos y hago delirar a los magos, yo rechazo a los sabios y reduzco su ciencia a la locura" (141)... "Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni mis caminos son vuestros caminos... Cuan elevados están los cielos por encima de la tierra, así mis caminos están por encima de vuestros caminos y mis pensamientos por encima de vuestros pensamientos" (142).

Hasta aquí lo de la pregunta y la afirmación. Mas, hay algo que nos interesa destacar porque toca a nuestra perspectiva: el Plan Divino incluye al hombre **con la naturaleza que tiene, es decir**, con su condición de ser histórico y con su libertad, gracias a la cual edifica su vida —mal o bien— y es responsable, por consiguiente, como conductor de sí mismo o de otros; es decir, es responsable como ser histórico: si el hombre no hubiera sido libre y responsable ayer —pasado— en la conducta que afectó a sí mismo y a otros y, en muchos órdenes, los sigue afectando, no hubiera necesitado la Redención, ni la necesitaría ahora —presente— como no la necesitan las hormigas ni las abejas, justamente porque no son libres ni falibles, porque no son seres "históricos". Si el hombre no fuera hoy —como ayer— falible, sí, pero libre y perfectible, y por tanto responsable de su propia conducción vital y de la de los otros, no se necesitaría ni el consejo, ni la exhortación, ni el ruego, ni la reprimenda, ni el mandato, ni la prohibición, ni el premio, ni el castigo, ni la ley, ni los tribunales de justicia; ni el "mensaje" evangélico, ni... el sacerdote que lo propagara; ni el mandato de ser perfectos... "como vuestro Padre Celestial..."; ni la amenaza del castigo eterno para unos ni la promesa del gozo perdurable para otros; no necesitaría, en fin, educación. Claro está que esto último y parte de lo anterior, se puede desprender de concepciones antropológicas pesimistas (Lutero) o pesimistas-fatalistas (Calvino); o, por el contrario, de concepciones optimistas (Rousseau). Pero es indudable que se desprende de concepciones histórico-progresistas, sobre todo de Hegel y de Marx, aún con las variedades de matices —sólo matices— de sus seguidores, incluidos algunos miembros "progresistas" de la Iglesia, ingenuos o "liberados". Lo paradójico y risible —no por ello menos trágico— es que se pretende esclavizar al hombre desde adentro —desde su

mente— mediante una feroz campaña mundial, de propaganda y acción, en todos los niveles y con todos los medios, en nombre de... ¡su liberación! A esto se lo puede llamar de muchos modos, entre ellos, mentira o hipocresía; pero, en nombre del progreso, la mentira y la hipocresía tienen que estar "actualizadas", vale decir, sistematizadas, tecnificadas, planificadas, previos los correspondientes "estudios de mercado", con sus correlativas bases psicológicas y sociológicas.

Conclusión.

He aquí nuestra visión del hombre como ser histórico; nuestra, aunque heredada: la del hombre como protagonista de su propia historia, como director —condicionado, sí— de su propia vida; más también como inicialmente incapaz de discriminar y decidir en el complejo legado que recibe, lo que ha de aceptar por su calidad de perfecto y lo que ha de rechazar por imperfectivo; incapaz pero con la posibilidad, más aún, con la necesidad moral de efectuar esa elección que incide en su constitución en la línea de su perfección humana; del hombre como autor, en cada instante, de decisiones que se traducen, en cada una de sus dimensiones y líneas de conducta, en perfección para sí y para otros; o lo convierten en su propio y responsable destructor; y en también responsable corrosivo del **presente encarnado** y del **futuro** por **encarnar** de las comunidades en que vive. ¿Se han percatado todos los educadores —padres, docentes, sacerdotes— de esta enorme responsabilidad que les atañe por su dimensión de tales frente a su propia historia como personas, frente a la realidad histórica de cada educando y de toda la sociedad? ¿Han considerado suficientemente, los conductores de pueblos, la magnitud de su propia responsabilidad en el mismo sentido, que afecta la **calidad** de su pueblo y de cada miembro, en el presente y para el futuro, y los afecta mucho más allá y a mayor profundidad que los problemas económicos? ¿Se han percatado los gobernantes de que, en la historia, la conducción política implica la de la realidad económica —muy importante, por cierto— pero implica, en un orado mucho más relevante, para lograr el Bien Común, la conducción de la **calidad humana** que ya existe encarnada en su pueblo, desde el pasado, pero a la que hay que mantener, acrecentar y ayudar a que se convierta en su realidad personal, en cada hombre, ahora y para el futuro individual y social? ¿Han

considerado la excelencia del destino trascendente de cada persona y la necesidad e importancia de ayudarla para que se autoordene aquí, en la historia, en el tiempo, de acuerdo con la relación ontológica, viva, con el Bien Trascendente?

Y, si se han percatado, cada hombre con su vida, cada padre y madre con sus hijos, cada docente con sus alumnos, cada gobernante con su pueblo, ¿han reparado en la chatura e inutilidad de aquellos sistemas educativos con sus elevados costos, que se traducen **sólo en sistemas de enseñanza** en los que **únicamente** se aumentan conocimientos y se adquieren técnicas pero **no se intenta que los hombres sean mejores hombres**, esto es, hombre de calidad y nobleza espirituales, traducidas en conductas rectas, o, de otro modo, hombres virtuosos? Y aquéllos a quienes formulamos estas preguntas —y usted, lector— ¿han advertido la proyección futura —por tanto histórica— y la responsabilidad que le compete a cada uno, en la elección —también histórica— entre, por un lado, poner la enseñanza, los sistemas educativos y los tremendos medios de comunicación, al servicio de la calidad humana y de los bienes comunes —temporal y trascendente—; o bien, por otro lado, ponerlos —por acción u omisión— al servicio del diabólico intento de convertir al hombre en robot, en navegante llevado por el "río de la historia", remando en sentido de la corriente, sonriendo, con la ilusión de que es libre, hacia la más perversa esclavitud que pueda imaginarse?

13. — EL HOMBRE: SER RELIGADO

Introducción

En otro lugar hemos demostrado que el hombre es un ser en el que hay una cierta dependencia⁽¹⁴³⁾ desde diversos ángulos, sin que esto signifique negar ni menoscabar —como también hemos visto— el hecho de que sea libre⁽¹⁴⁴⁾.

Por otra parte hay en él una multiplicidad de dimensiones⁽¹⁴⁵⁾ y esto se halla intrínsecamente vinculado a su naturaleza **dinámica**⁽¹⁴⁶⁾, apetente de una perfección que sólo puede hallar por una actualización que depende de que "entre" en relación actual con "objetos" (bienes, valores) perfectivos, acordes con su naturaleza; esto es, que la actualización de su perfectibilidad es de "dependencia objetiva"⁽¹⁴⁷⁾, lo cual lo hace un ser "relativo a..."⁽¹⁴⁸⁾, tanto de hecho como desde el ángulo de su perfección.

Su dependencia se puede visualizar, entre otras perspectivas, desde el ángulo de las leyes físicas, desde los puntos de vista biológico, psíquico (cognitivo y afectivo), ontológico, social y cultural; y estas dependencias pueden tener un sentido perfecto y, supuesta la falibilidad del hombre⁽¹⁴⁹⁾, pueden tener —y tienen con más frecuencia de lo esperado— un sentido imperfectivo.

El presente tema que pretende mostrar la religación del hombre, de hecho y desde el ángulo del encuentro de su perfección, se halla fundado en aquellas características, de las que es una explicitación a la vez que una síntesis.

El acápite nos exige precisar, ante todo, qué pretendemos decir al predicar del hombre el adjetivo "re-ligado". La respuesta supone dos aspectos a los que hay que atender: en primer lugar, habremos de aclarar lo que significa "estar ligado" para el hombre y los modos como se da y/o se puede dar este hecho. En segundo lugar el significado, peso o importancia que, a aquella cualificación del hombre, le añade el prefijo "re", según nuestro concepto. Y este segundo aspecto resultará, como veremos, necesariamente vinculado al problema de la perfección del hombre y, por ende, de su educación.

I — Los vínculos

- a. No está aislado, arrancado, sin vínculos, desasido, el hombre; no. No lo estamos; ni usted, lector, ni yo; ni el granjero que a estas horas alimenta a sus animales; ni el marino que entrecierra sus ojos ante la movible, variable, monocromía de alta mar recordando vaya a saber qué cosas; ni aún el náufrago solitario que pone su esperanza inmediata en algunos cocos para alimentarse.

Todo lo contrario.

Somos como un nudo de múltiples vínculos que nos ligan a un sinnúmero de cosas, personas, instituciones, etc. Y este hecho de "estar ligados" es, a veces, conocido para unos y para otros no; es un hecho que acontece, en algunas oportunidades, sin que intervenga nuestra voluntad, nuestro querer; y, en otras, es como el fruto de una decisión libre. En ciertos casos hay un conocimiento del vínculo pero no es posible modificarlo de ninguna manera; en otros, sucede de tal modo que nuestra libre decisión puede incidir en él y modificarlo, sea de acuerdo a leyes que escapan a nuestro gobierno y que sólo aplicamos, sea con un modo de incidencia y de modificación que responde a nuestro propio plan o según una modalidad especial que nosotros imprimimos para cumplir aquellas leyes.

- b. Estamos vinculados, ligados, a elementos químicos y a leyes de la naturaleza física.

Lo estamos también, biológicamente, por vía genética, hacia atrás, a nuestros ascendientes; hacia adelante, a nuestros descendientes; en línea horizontal, a través de nuestros ascendientes, a nuestros hermanos, etc., etc.

Hay en nosotros rasgos constitucionales hereditarios, ya fueren sólo biológicos, ya biopsíquicos: sangre, piel, ojos, predisposiciones para ciertas enfermedades o en relación con posibles aptitudes, etc.

- c. Estamos "ligados" psíquicamente a los **objetos** sensitivos que percibimos y a los que hemos percibido, a través de nuestras imágenes y recuerdos que constituyen un mundo en nuestro interior que nos pertenece y al que pertenecemos. Como lo estamos

también a los **objetos** de nuestra inteligencia —sin los que no hay acto inteligente— y a los objetos de nuestros afectos, incluida la voluntad. Y no sólo a los objetos presentes sino a los que entraron en relación cognitiva o afectiva con nosotros y forman parte de nuestra individual e intransferible historia que ahora constituye una síntesis en nuestro presente personal, y de los cuales es imposible desligarnos de la misma manera que sería imposible hacerlo con aquello que nos nutrió en algún momento y ha pasado a ser parte de nuestra carne. Y, desde el mismo ángulo, a los objetos que originan, motivan nuestro dinamismo, nos "mueven"; como también a los que lo mantienen, conservando la intensidad inicial, aumentándola o disminuyéndola.

Hay relaciones psíquicas de conocimiento, de querer, ya volitivas ya del simple o del generalmente complicado movimiento afectivo, con las cosas y las personas del pasado y del presente; y aún con aquellas cosas que esperamos, con o sin fundamento en la realidad objetiva, con o sin fundamento en nuestra subjetividad. Y este vínculo —multitud de vínculos— de carácter psíquico, se haya intrapresente en otros que, a modo de muestrario, señalamos a continuación.

- d. Estamos ligados a personas e instituciones por aquello que se ha dado en llamar "relaciones sociales", que constituye un tejido cuya trama nos conforma parcialmente y —aunque parezca una paradoja— contribuye a individualizarnos con originalidad, pues cada relación y su conjunto, en cada uno de nosotros, toca y connota, adjetiviza, cualifica, nuestra intransferible interioridad y, a la vez, ésta última también cualifica con el color personal característico a cada relación con otras personas e instituciones. Y esto, desde el múltiple pasado de cada relación, con sus efectos momentáneos —reales o aparentes— y sus efectos permanentes en nosotros y desde nosotros en los demás, ya fueren efectos de naturaleza psíquica y/o moral. Así, el que es padre, jamás podrá desligarse de esa cualificación, aunque abandone a su hijo o éste lo abandone o muera. Y la relación lo está cualificando, sólo por haberse dado y además, por su calidad y modalidades psíquicas y éticas; y no sólo al padre sino también al hijo. Y a cada hijo, desde su perspectiva individual siempre naturalmente diferente a la de otros

—biológica y psíquicamente—, a las cuales diferencias se añaden las cualificaciones características de esa personal relación. Y se añaden los también singulares caracteres de las otras relaciones individuales de cada hijo con otras personas o instituciones —y cosas— que acompañan a la relación con el padre, condicionándola en mayor o menor grado, entretejiéndola y complicándola. Esto acontece de tal modo que la relación de un hijo con su padre, incluye de alguna manera los efectos de las relaciones con su madre, con cada uno de sus hermanos, con cada uno de sus amigos y compañeros, con la escuela a que concurre, con sus profesores, etc. Y cada una de estas relaciones a su vez está condicionada y tejida con cada una y todas las otras, incluida la tendida entre él y su padre actualmente; y con la carga histórica de cada relación que, de algún modo, está presente.

Pensemos un momento, amigo lector, en la señorita Z, empleada en una casa de comercio: "tiene" padre, madre, dos hermanas, un hermano menor, novio, amigas, clientes habituales y ocasionales, patrones, vecinos, proveedores, familiares, etc., etc. Cada relación es un vínculo de diferente especie, modalidad, calidad; y con diferente historia (imágenes, recuerdos, afectos): cada relación pues, es distinta a las otras, pero todas "confluyen" a su interioridad y "parten" de ella Y, en esta interioridad, todas las relaciones presentes se interinfluyen y condicionan entre sí y con la personalidad básica y su historia incorporada, como una **resultante individual** intransferible y de única edición de un único ejemplar: la señorita "Z"; persona, sí, como cada uno de sus hermanos; pero diferente a ellos, aunque tengan los mismos padres y convivan en el mismo hogar. Y esta **"resultante" cualitativa interior** sobre y desde la realidad sustancial de la persona, debe sus diferencias, parcialmente al menos, a los vínculos que, también de alguna manera, constituyen su vida e inciden en su conducta.

No se trata de caer en un simplista esquema de tipo sociologista al tratar de señalar algunos constitutivos de la personalidad. Se trata de ver la realidad —el hombre en este caso— como es: persona, sustancia individual racional por consiguiente, pero con aquello que su condición "humana" le trae aparejado. Hemos visto en otra parte que el hombre es persona, que tiene interioridad o una original y maravillosa dimensión intrapersonal y múltiples di-

mensiones relacionales. Lo que ahora nos preocupa es mostrar que estas relaciones con otras personas, con cosas y con instituciones, como ya vimos, son **vínculos**, que ligan a la vez que **constituyen, de algún modo, la conformación singular** de cada uno.

Lo que decimos a través de ejemplo —la señorita "Z"— vale para usted, lector, para mí y para cada hombre.

Usted puede —como yo— examinar la singularidad característica de cada relación actual incluyendo sus variantes en el pasado: con su padre, con su madre, con cada hermano, con cada uno de los que fue amigo y ha quedado unido al pasado personal y desde él a nuestro presente; con cada uno de los que es, ahora, amigo y camarada y compañero; con su cónyuge, con el que ha entrelazado su vida al punto que sería irreconocible su pasado con vigencia actual sin las incidencias provocadas por esa "liaison": actitudes, conductas, hábitos, imágenes, recuerdos, y características de su ser actual; con cada uno de sus hijos (tantos vínculos diferenciados cuantos fueren) y en tal medida, que sus gestos, actitudes, su conducta, sus palabras, sus omisiones y hasta su simple presencia o ausencia —de usted, como las mías con mis hijos— para cada uno de ellos han quedado conjugadas como factores de la propia singularidad; y, a la vez, la de ellos en usted —y en mí—, marcado por cada vínculo con su realidad concreta e histórica, cualesquiera fueren sus características psicológicas y éticas, incluyendo las jurídicas.

Examine el vínculo real, constitutivo de Usted, permanente o circunstancial, con cada persona con la que tuvo o tiene relación: sus otros parientes, uno por uno; sus maestros y profesores; sus —simplemente— conocidos, sus proveedores, sus pacientes o clientes o alumnos y hasta sus enemigos; repito, con cada uno; y con sus cosas, propias y comunes: verá usted cómo está, lo mismo que yo, **ligado** a tal punto que todas y cada una de las líneas de **relación viva**, actuales y pasadas, con las realidades que se hallan en el otro extremo de aquellas relaciones, **han constituido y conforman en alguna medida y calidad nuestra realidad individual que, siendo sustantiva, es a la vez relacionada y relativa**. Decimos, nuestra **realidad viva** que, si bien es persona, y por tanto sustancia, incluye en sus accidentes propios singulares y en los accidentes contingentes (¹⁵⁰) la onduación de la dinámica humana que

vive en el tiempo, sujeta a circunstancias variables que inciden en ella y provocan matices en aquellos accidentes, constituyendo aspectos no intercambiables de la historia personal de cada uno. Pero, por otra parte, si bien ahora, ya, usted y yo, encarnamos un modo singular de ser en el que cada uno de estos —y otros— vínculos y su síntesis en nosotros nos configuran “de algún modo” como lo que somos —diferenciados en nuestra singularidad—, esta configuración personal —la suya, la mía, la de cualquier otro— ~~no es producto sólo de todos los vínculos~~ con sus características diferenciadas y diferenciadoras y de sus efectos en nuestra interioridad y conducta individuales; sino que aquella configuración resulta del “encuentro” íntimo, entitativo, vivo, recíprocamente modificador, de la constelación de aquellos vínculos con la realidad sustancial espiritual y física de nuestra individualidad que emerge desde lo íntimo con fuerza activa que opera “ad extra” y asimila “ad intra” constituyendo la concreción singular de la persona humana.

Parece conveniente recordar que en el establecimiento de muchas de las relaciones y/o de sus modalidades como en la génesis de las conductas implicadas en ellas ha estado presente, como causa, el propio sujeto humano en su calidad de ser libre. Por donde, aunque el conjunto de vínculos de alguna manera nos configure, en la medida en que muchos de ellos reconocen al propio sujeto como causa libre, en esa misma medida también el hombre se autoconstituye o autoconfigura en el plano de sus accidentes. En esta realidad viva, la suya, la mía, están presentes constitutivamente de alguna manera —psicológica, ética y ontológicamente— estos vínculos que nos ligan a otros, a cosas y a instituciones y se anudan con nosotros y en nosotros —sustancias— en una —como ya la hemos llamado— “ecuación” cualitativa original.

- e. Y estemos ligados también a una tierra y a un contorno geográfico ambiental que ha penetrado por nuestras retinas, que se conserva en imágenes y recuerdos asociados a hechos, a palabras, a personas, a canciones; que provocaron y suscitaron reacciones efectivas; que forman el marco concreto imprescindible, el paisaje, estrecho o amplio, en el que se han tejido y tejen aquellas otras relaciones o vínculos humanos de que hablamos, con el que

se dan siempre acompañadas; marco geográfico ambiental y tierra con sus casas nuevas o viejas, altas o bajas, estrechas o amplias, grises y descoloridas o de tonos cromáticos suaves o fuertes, que se mezclan con el azul de cielo, el contorno de las montañas o las líneas rectas del horizonte de llanura o el del mar; con los verdes y tostados de árboles concretos y calles y plazas singulares, unidos todos a nuestro pasado y presente.

Y en y con esos marcos concretos y diferentes, la vida de cada uno tejida con las de otros; la vida enraizada, que a veces se arranca de aquellos contornos sustituyéndolos por otros... y quizá por otros más; pero que no se arranca en vano ni del todo porque ha quedado ligada a nosotros. Marco ambiental de contornos del suelo, los árboles, las casas, inseparables de rostros y actitudes de abuelos, padres y de nuestra propia imagen de niños y jóvenes que dibujó sus pasos —nuestros pasos— por aquellas calles; que fijó sus ojos en aquellos árboles de otoños, inviernos, primaveras y veranos concretos, nuestros, unidos a pasos y retinas, a juegos y tristezas, a palabras y actitudes de otros que quedaron en nosotros. Marco chico, el terruño, el pago; y el otro más grande: el marco vital —que por eso no es sólo marco— que recibimos pero que inmediatamente se constituyó en el escenario vivo, permanente y móvil, en, desde y con el cual actuábamos, vivíamos: el de la tierra y las cosas de nuestros mayores recibidas —las cosas de nuestros padres, la Patria— en el que se injertó nuestra vida y comenzó a vincularse en apretada trama con las otras y las mismas cosas que formaban el contorno.

- f. En esos marcos y en aquel tejido humano, con algo de permanente y algo cambiante, los que podríamos llamar “contenidos humanos”: ideas, criterios, principios, modalidades y estilos de vida, conductas, saberes empíricos o teóricos, ocasionales y/o sistemáticos, que “entraron” y entran en nuestro espíritu con la palabra, las actitudes y conductas de otros en relación con nosotros, directa o indirectamente. Y estamos ligados a esa carga de contenidos culturales que recibimos, haciéndola nuestra en todo o en parte, aún rechazándola, reteniéndola sólo como un mero saber o encarnándola total o parcialmente, sin o con juicio crítico previo —a veces posterior— y trasladándola al nivel de nuestra vida

concreta, en nuestra conducta. En otra parte nos hemos ocupado de este ángulo del problema de nuestras relaciones con los contenidos culturales⁽¹⁵¹⁾; nos atenemos a lo allí expresado.

Lo cierto es que aquellas vinculaciones que llevamos señaladas integran nuestra propia historia personal, que tiene un ángulo desde el cual es estricta y singularmente así, personal, —"mi" historia— intransferible y no intercambiable ni equivalente a la de otro; aunque en ella, además de la propia causalidad de ser espiritual y libre, han incidido multitud de factores personales, institucionales, ambientales, etc.

Pero tiene otro ángulo desde el cual es historia "nuestra", de los que estamos coligados; historia de nuestra familia, que también tiene —desde cierto punto de vista— su singularidad y, desde otro, forma parte de la historia de un pueblo, de la historia de "mi" Patria, o de la suya, lector. Lo estrictamente individual se encuentra así ligado y en deuda con lo familiar, lo ciudadano, en el pasado y ahora; y, a la vez que deudor, le aporta, desde este lado del vínculo, desde la intimidad de la persona, una carga que enriquece o bombardea las vidas de otros, individuos, familias, Patria, con nuestra íntima riqueza, o con nuestra miseria o con ambos tipos de "cargas".

- g. Hay otro vínculo más profundo, fundamental porque funda o sostiene a los otros, como el cimiento a la casa. Estamos ónticamente vinculados a Dios, en nuestro mismo ser, al nivel de nuestra existencia finita y contingente; y de nuestro ser con una determinada naturaleza: de hombres; de nuestro ser que reconoce una causa necesaria⁽¹⁵²⁾ en el origen —de usted, de mí, de cada uno— y en cada instante, manteniéndonos en una existencia actual contingente⁽¹⁵³⁾ como lo que somos; relación o vínculo con Dios en la línea de la causalidad eficiente tanto de nuestro existir —originario y actual— como de nuestro obrar⁽¹⁵⁴⁾. Mas también en la línea de la participación, de la causalidad referida a las perfecciones que "son" en nosotros de modo finito, limitado, contingente, que requieren una fuente necesaria e inagotable⁽¹⁵⁵⁾.

Y estamos vinculados a Dios como nuestro fin, Bien Común Último Trascendente, que explica nuestra estructura humana espiri-

tual, nuestra insaciable —potencialmente infinita— apertura al ser por la inteligencia y la voluntad, por las que opera el espíritu; a Dios que da sentido no sólo a nuestro existir, no sólo a nuestra naturaleza constituida específicamente por el espíritu, sino también a nuestro dinamismo cuya inquietud justificada, conmensurada por la infinitud del Objeto Trascendente que lo provoca al modo del fin —Bien— en el cual, como ocurre con el bien alcanzado, se hallará —y sólo en Él— reposo activo, contemplativo y gozoso⁽¹⁵⁶⁾. Así lo sintetizaba magníficamente San Agustín: "quia fecisti nos ad Te, Domine, inquietum est cor nostrum donec requiescat in Te"⁽¹⁵⁷⁾.

Esta vinculación entitativa existe con o sin conocimiento de ella, con su aceptación o su pretendido rechazo, el que podría parecerse al que alguien pretendiera llevar a cabo con respecto a los rasgos genéticos que hay en él: mal que le pese, no puede.

Esta vinculación con Dios comprende **toda la realidad de cada uno**: corporal y espiritual, sustancial y accidental; entiéndase, toda, completa, incluyendo las relaciones y conductas, individuales y sociales, que forman parte de nuestro ser; incluidos, por tanto, todos los otros vínculos o ligaduras de que hemos hablado, actuales e históricos, individuales y sociales, con sus múltiples y variadas líneas, que configuran nuestro ser concreto: todo está ónticamente fundado en Dios como en su Causa Eficiente Primera y Actual, como en la Fuente de perfecciones. Y como en el Fin que explica su existencia, que mueve y da sentido.

Este último modo de vinculación, incluye, pues, a todas las otras y es, como veremos, la causa de que el vínculo "religioso" no sea uno entre tantos otros, sino uno que los comprende a todos, por aquello de que todos nos constituyen en nuestro ser sustancial y accidental: ser compuesto, complejo y polifacético que encuentra su fundamento en Dios.

- h. Desde el punto de vista teológico cristiano —ya que por la sola luz de la razón no tenemos ni los datos ni su explicación— hay otro vínculo óntico, en el plano del ser: el que nos relaciona con Dios por la recepción de la Gracia, en el Bautismo, que transforma nuestro ser elevándolo a un plano sobrenatural, por cuanto lo hace participar —analogicamente— de la naturaleza divina⁽¹⁵⁸⁾:

lo que nos hace, además de creaturas racionales, "hijos de Dios" ⁽¹⁵⁹⁾ con filiación adoptiva ⁽¹⁶⁰⁾ ya que no somos hijos según la naturaleza divina: sólo lo es Cristo ⁽¹⁶¹⁾. Y aquí también, cabe insistir, es **toda nuestra compleja realidad de personas humanas**, sustancia y accidentes incluidos, por consiguiente nuestros otros vínculos y relaciones y las conductas implicadas, lo que se halla ónticamente transformado por esa participación sobrenatural, teniendo por consiguiente un valor divino en tanto "miembros del Hombre-Dios, en su nombre, en su espíritu, en su virtud. Porque en este caso nuestras obras, aunque finitas en sí, van sostenidas y levantadas por la dignidad y virtud infinitas de la Cabeza, cuyos miembros somos nosotros...", aunque esto tenga vigencia sólo "para las obras sobrenaturales, para las obras de la vida divina en nosotros" ⁽¹⁶²⁾. Mas esta participación depende **de la libre donación de Dios** y de una doble exigencia a modo de dos requisitos, **desde el hombre**: que la naturaleza humana esté ordenada en su operar, por un lado; y que se abra libremente —conozca y quiera— a esa donación que se le ofrece.

Estos últimos requisitos, **que no se cumplen necesariamente**, explican la ineludible relación de este tema con el de la educación, salvo en las concepciones naturalistas ⁽¹⁶³⁾ o en las que siguieron de un modo u otro al pesimismo antropológico de Lutero ⁽¹⁶⁴⁾ y su concepción de los efectos de la Gracia en el hombre.

Mas esta relación con la educación —la que surge desde este ángulo— como depende en definitiva de la Fe, sólo tiene valor para una concepción cristiana de la misma.

- i. De entre los vínculos que hemos visto, hay algunos que son meramente biológicos y otros que incluyen aspectos biológicos y psíquicos; algunos son fundamentalmente psíquicos —individuales o sociales— y otros son esencialmente éticos o morales (y/o ético-jurídicos), aunque incluyan aspectos psíquicos y biológicos. Pero **todos los vínculos** en la medida en que existen en y desde realidades sustantivas, son **accidentes** y, por consiguiente, **pueden ser considerados ontológicamente**: son, existen, y existen como tales o cuales vínculos. La paternidad, por ejemplo, es un vínculo biológico, primariamente, susceptible de ser considerado desde un ángulo ontológico. Pero su realidad —la de este vínculo— no se

reduce a lo biológico, sino que incluye movimientos que también son realidades de carácter psíquico: conocimientos, multitud de decisiones y de afectos sucesivos, simultáneos, y hasta opuestos y discordantes, etc. Indudablemente que el cariño me vincula, me liga a cada uno de mis hijos con ondulaciones de intensidad y coexistiendo con otros movimientos afectivos: indignación con uno por su comportamiento; nostalgia por el otro que está ausente, orgullo por la calidad humana de otro, etc. Mas éstos no son los únicos aspectos de la paternidad: hay un vínculo ético-natural —a la vez jurídico-natural— por el que estoy ligado —debo— realizar tales o cuales actos por su bien —de cada hijo— y no debo realizar otros. Sobre aquel aspecto se edifica el vínculo jurídico-positivo, que también es ético ⁽¹⁶⁵⁾. Y estos aspectos no deben confundirse: un acto que debo realizar desde el punto de vista ético, puede resultar psíquicamente desagradable, molesto; otro acto que me agradaría realizar y al que me inclino —aspecto psíquico— **no debo** realizarlo —aspecto ético—.

Un contrato de compra-venta me liga a otro y al otro a mí. Hay allí aspectos psíquicos infaltables en todo acto humano, pero el vínculo es vertebralmente jurídico y ético. Y hasta puede darse el caso de que desaparezca el vínculo jurídico y subsista el ético o moral. Tal por ejemplo si un juez fallara a mi favor, equivocadamente, en un juicio derivado de aquel contrato. El vínculo jurídico que me obligaba habría desaparecido mas no el moral: desde el punto de vista ético la obligación subsistiría.

En el matrimonio hay multitud de aspectos psíquicos alrededor del conocimiento y el amor recíprocos que ligan a los esposos; pero hay un lazo moral —y jurídico-natural— que surge a partir de la libre decisión de unirse; y hay un lazo jurídico positivo. Incluso puede desaparecer el amor y hasta el vínculo jurídico positivo y sin embargo subsiste el vínculo moral. Si, además, se trata de un matrimonio entre católicos con la recepción del sacramento correspondiente, el vínculo es sobrenatural, ontológica y moralmente.

La confusión de estos aspectos da lugar a muchos errores teóricos y prácticos y, en consecuencia, a proyecciones lamentables sobre el terreno educativo. Por su importancia desde esta perspectiva, destacamos brevemente lo que atañe a los vínculos morales o éticos, advirtiendo al lector que la consideración fundamental a este res-

pecto la realizaremos en otro lugar ⁽¹⁶⁶⁾. Este apartado por lo demás, aunque breve, resulta indispensable para el desarrollo posterior del tema.

- j. Decimos que hay en el hombre vínculos o lazos "morales". Estamos, a la vez, en el plano de la conducta libre del hombre y del "debe ser" de aquella conducta, que no siempre coincide con su obrar de hecho: es el plano de la conducta perfecta —buena— y por tanto debida, obligada desde el punto de vista de su perfección; y el de su conducta imperfectiva —mala— y por tanto prohibida; conductas que suponen que el hombre decide libremente y, por tanto, le son imputables ⁽¹⁶⁷⁾, así como sus efectos. Pero, desde este plano, que incluye muchos y diversos aspectos ⁽¹⁶⁸⁾ sólo nos interesa señalar aquí lo referente al vínculo o lazo moral, que "liga" a la persona humana a otro hombre —u otros— a cosas y bienes, por consiguiente, a los bienes comunes.

Decíamos que estos vínculos existen, son, aunque no se vean ni se sientan, ya que no consisten en los aspectos psíquicos que llevan siempre afejos. Por debajo de todos los aspectos psíquicos de cualquier tipo que se den en la relación de un padre con un hijo —o viceversa— o entre los esposos, o entre amigos, o de un hombre con la casa de otro que alquila, o con su empleado, o con su Patria, o con Dios, etc., hay un vínculo moral que entraña la obligación de ejecutar ciertos actos que, a la vez que el bien que intentan proteger o procurar para el otro, perfeccionan o restan perfección a quien los ejecuta.

Y tan realmente existentes son estos vínculos que, cada uno, significa una cualificación real y concreta para el sujeto que los posee: Pedro es esposo, amigo, médico, inquilino, ciudadano argentino, creatura, hijo de Dios, etc. Y estas cualificaciones reales y concretas de una persona real y concreta, señalan dimensiones también reales y concretas tan configurativas como las líneas de su rostro; o más aún, ya que señalan las características accidentales que, fundadas en su libertad, crean el más profundo valor "humano", la estatura moral de cada uno, singular, que lo hace grande, mediocre, innoble, etc.

Cada dimensión entraña conductas obligadas —de hacer o de no

hacer — que se traducen, una vez decididas, en perfección o imperfección, en riqueza humana adquirida libremente, pero que **debe** adquirirse en la dimensión correspondiente; o se traduce en una carie que, por darse en una dimensión de un hombre concreto, es una carie de su misma humanidad, una carencia del "ser debido": por eso Pedro es buen o mal padre, buen o mal amigo, buen o mal médico, inquilino, ciudadano argentino, hijo de Dios. De ello resulta buen o mal hombre. Y lo bueno le viene de haber "llenado" cada dimensión con los actos debidos a la naturaleza de esposo, de padre, hermano, amigo, etc. Y es esta una manera ontológica de entender la bondad, pues los actos, los vínculos y las dimensiones a que dan lugar, son **reales**, pertenecen al orden del ser: son accidentes que afectan a una sustancia, la persona humana.

Así también el ser "mal hombre" deviene por una carencia del "ser debido" en una dimensión o en varias; y esto porque los actos exigidos por la tal o las tales dimensiones —como estas mismas— pertenecen también al orden del ser —accidentes— y **no se han ejecutado**, no **son**. En su lugar hay otros actos, o ninguno; así ocurre cuando alguien en su carácter de padre, amigo, ciudadano, profesional, no ejecuta los actos que debe o ejecuta otros que no debe: los accidentes de esta sustancia —persona—, por lo menos algunos, no son los que le corresponden, los que deben ser. De ahí que hayamos hablado de "carie" en lo humano, en el ser concreto del hombre.

Creemos poner así de relieve la importancia que tienen estos vínculos morales a que nos referimos: significan la posibilidad, a la vez que la exigencia, de una ampliación del ser del hombre, de un crecimiento entitativo en una o en varias dimensiones, que depende de la libre decisión de cada uno y, por consiguiente, de su inteligencia y de su voluntad, ambas indeterminadas ⁽¹⁶⁹⁾ y fallibles en cuanto al objeto concreto, singular; ambas necesitadas también, por eso, de ser cualificadas para la realización de su acto perfecto, como condición para que el acto sea verdaderamente libre. De aquí cómo, a raíz de la fallible naturaleza humana y de las exigencias de cada vínculo moral y de cada dimensión, hay una relación de fundamentación respecto a la problemática educativa, y es que la educación es concebida como auxilio para que el hombre

logre la capacidad necesaria que le permita autoconducirse libre y perfectivamente⁽¹⁷⁰⁾.

Algo más, aunque sólo insinuado, en este tema. La relación con Dios, ontológica, también implica ciertos actos que son exigidos a la libre naturaleza humana; y esto, a nuestro parecer, desde tres ángulos: desde Dios mismo, en tanto que Deidad⁽¹⁷¹⁾; desde cada hombre con todas sus dimensiones incluídas⁽¹⁷²⁾; y desde "lo otro" —persona, cosa, institución o Bien Común— que se haya en relación con nosotros fundándola desde el otro extremo, estableciendo un vínculo tal con nosotros, que exige ciertos actos como "debidos" en virtud de la relación y, por consiguiente, en virtud de la naturaleza concreta de quienes se hayan vinculados, la persona humana y aquello con lo que se relaciona moralmente.

Este último ángulo, si bien se examina, puede ser incluído en el segundo, como el correlato de cada dimensión, implicado en el vínculo. Por esto tiene también el fundamento ontológico que ya señalamos: la relación o vínculo con Dios —aquí el vínculo moral— incluye todos los otros aspectos de la realidad del hombre. Y la perfección de esta relación supone la perfección de todos los otros vínculos y dimensiones, y, por lo tanto, supone el orden moral debido en cada una y en todas las dimensiones humanas.

De aquí que no se pueda pretender que la relación con Dios sea la relación debida si, por ejemplo, la dimensión correspondiente al vínculo paterno no incluye los actos exigidos por la naturaleza de esta dimensión; esto es, si no se cumplen las exigencias morales de la paternidad. Y esto ocurre con todos los otros vínculos y dimensiones morales. En síntesis, la carencia del ser debido —del orden moral debido— en el plano de los vínculos y los actos correspondientes, que afecta la riqueza concreta de un hombre en su misma humanidad, afecta también el vínculo con Dios, que incluye, desde este lado, la totalidad del hombre.

II — La religación

- a. Lo que hemos expuesto hasta aquí podría llevar el título "el hombre: ser vinculado" (o relacionado, ligado). Los vínculos se dan como un hecho, como algo existente, ya fueren ontológicos, físicos, psíquicos o morales, sin que hayamos subrayado o nos detuviéramos

mos a considerar de modo especial si en este hecho de estar vinculados, o mejor, si en la existencia y calidad de estos vínculos, **tiene parte o no el hombre mismo, de alguna manera, a modo de causa-agente.**

Es evidente que en los vínculos señalados el hombre es **sujeto** de la relación, desde un extremo por lo menos, pero, en algunos casos, no la **decide** como un agente o causa del vínculo. Así ocurre, por ejemplo, en el caso de muchos vínculos con la naturaleza física, con los genéticos, etc.

En el acápite hay un indicio de lo que pretendemos exponer: el prefijo "re". No tratamos, por tanto, de aquí en más, de cualquier vínculo o ligadura que exista en el hombre, tal como en las páginas precedentes, sino aquéllos de los que el hombre, **de alguna manera, es causa, como agente libre.**

Mas no sólo nos interesan aquéllos de que el hombre es causa libre **para establecerlos como existentes**, por ejemplo el matrimonio —aunque no se establezca su naturaleza ni su finalidad⁽¹⁷³⁾—, sino también los que, siendo vínculos **que se reciben** o nos vienen dados por la naturaleza humana misma, de suyo o de hecho, **resultan ratificados por el hombre**, con su actitud o su conducta, implícita o explícitamente. Por eso decimos más arriba que "de alguna manera" el hombre es agente libre de estos vínculos.

El nativo de un país —cada uno lo es del suyo— está ligado, como antes lo mostramos, a la tierra, el paisaje, los hombres, las instituciones y a todo/aquello que recibe como "tradicito" a través del lenguaje, las costumbres, etc., de esa su Patria. Pero por esto solamente él no es patriota. Si, además de esa natural relación, él, con su actitud y su conducta "cultiva" ese vínculo y lo que él entraña; si se sabe, se siente y quiere esa relación con la que nació sin elegirla, entonces se haya "religado" a su Patria. Lo que fue un vínculo natural-cultural no elegido, se ha convertido en un vínculo del que, "de alguna manera", es agente libre: hay una **confirmación voluntaria**, libre, de hecho, deliberada en más o en menos; un **cultivo** del vínculo que se posee ab-initio, en este caso. No se necesita un conocimiento **reflexivo** del vínculo, para ratificarlo con la actitud, la conducta... pero se necesita un conocimiento. Esta es mi tierra, mi lengua, la historia de mi Patria, con las fallas y

aciertos de sus hombres; y yo trabajo por ellas, por mis hijos que son suyos; y puedo morir por ellas.

Puedo ser un campesino labriego; obrero de una fábrica, estudiante, abogado, profesor: no importa para este conocimiento la profesión o el nivel cultural, aunque pueda importar para su estimación y la responsabilidad consiguientes.

También es evidente que ese conocimiento no basta para la religación de que hablamos: hace falta el acto de voluntad libre que quiere el otro extremo de la relación: ya sea este otro extremo la Patria, como en el ejemplo, ya una cosa, una persona u otro sujeto humano. Y este "querer" aquel otro extremo del vínculo y la relación misma suelen ir acompañados de sentimientos, que pueden ser variados y hasta contradictorios. Así, el amor recíproco de un hombre y una mujer —que implica siempre conocimientos— con sus altibajos, sus múltiples sentimientos concomitantes — esperanzas, desencantos, ilusiones, temores, alegrías, tristezas, etc., responde a la naturaleza recíprocamente complementaria de lo masculino y lo femenino. Y constituye un vínculo (cómo no) entre dos vidas que puede mezclar cada una en la realidad una y múltiple de la otra. Pero cuando este vínculo es implícita o explícitamente ratificado, cultivado, querido, con voluntad libre, incluyendo sus consecuencias, ya no acontece sólo que se "mezclen" dos vidas: se enlazan en una compleja realidad social psicológico-sensible, espiritual y moral o de conductas. El hombre y la mujer ratifican así, a través de la conducta, lo que era sólo vínculo afectivo natural. Aquí hay también "religación". La médula de esta relación será el amor; pero hay algo más que subsiste aún cuando aquél pueda flaquear: hay decisión libre —si la hay—; y por tanto el amor unitivo del hombre y la mujer es algo más que tendencias complejas de acercamiento y unión. Es "humano" en tanto es o puede o debe ser libremente querido el otro, y la relación misma, y las conductas implicadas.

De allí que tenga cada uno responsabilidad por sus efectos.

Todos tenemos —es lo común— parientes, lo que significa vínculos de sangre y jurídicos. Pero no todos cultivamos cada una de las líneas de relación con cada uno de ellos. No ratificamos, cultivamos, cada línea de relación sanguíneo-jurídica; y, en esa medida, no hay religación, según nuestro pensamiento. Así podríamos re-

visar nuestra mera relación de conocimientos con otras personas y su transformación en religación por el conocimiento y el querer del vínculo, de diversas maneras o estilos o tipos: desde el cultivo de la relación con fines comerciales o diplomáticos o de mero compañerismo, hasta el nobilísimo cultivo de lo que llamamos amistad. Cuando hay religación hay conducta, perfecta o no, concordante con el vínculo: se "vive" la relación.

Por eso la religación es cultura, esto es, naturaleza más (+) cultivo de ella por la inteligencia y la voluntad libre. Y en esa medida es también riqueza humana... o miseria. Esto último porque, como en todo lo humano, incide lo que llamamos "falibilidad".

La relación con Dios, el vínculo ontológico que nos une a cada uno con El, originariamente, actualmente y teleológicamente, puede ser ignorada y sigue siendo vínculo ontológico; puede ser conocida sin que se siga una conducta adecuada al vínculo; y puede ser conocido y querido, cultivado, y es entonces algo más que un vínculo ontológico: es "religación"; cultivo con la actitud y la conducta, de una relación; ratificación vital, inteligente y libre del vínculo con Dios: es "religación", aunque no estén emparentados etimológicamente los términos "religación" y "religión", que aquí coinciden en la realidad a que se refieren.

Mas como lo humano, desde la sustancia hasta los accidentes contingentes, incluidas las relaciones y las líneas de conducta, está vinculado a Dios como a su Causa Primera —como todo lo existente— **todo lo humano puede y debe estar religado a El: puede y debe tener un sentido religioso.** Por eso la religación con Dios incluye no sólo la sustancialidad de la persona humana sino también todas las otras religaciones de cualquier especie y tipo y las conductas correspondientes a cada dimensión humana.

- b. Aquí también, dijimos, como en todas las cosas humanas, incide la falibilidad, a través de todas las características que la fundan: la ignorancia, el error de juicio teórico y práctico sobre fines y sobre medios, la debilidad de la voluntad, la presencia de factores afectivos tendenciales, múltiples, variados, divergentes y hasta opuestos, la falta de dominio del hombre sobre sí mismo. Por eso hay vínculos reales que, debiendo tener el carácter de

religaciones, no lo tienen, como ocurre con el indiferente y el traidor, en el caso del vínculo con la Patria. Y hay vínculos que son religaciones no debiendo serlo, como en el caso de la usurpación de un bien ajeno posterior a una simple tenencia; o el caso de la convivencia en adulterio.

- Y hay religaciones perfectivas e imperfectivas, con y sin conciencia moral de tales calidades. Por eso también la necesidad de conocerlas sin error; y de querer el o los objetos con los que tendemos el puente de un vínculo que puede ser perfectivo. Y la necesidad de convertir aquel vínculo, por la conducta libre, en religación, que es ampliación enriquecedora de lo accidental del ser del hombre, lo que es tarea de la heteroeducación primero y de la autoeducación después, presupuestos necesarios de una conducta perfectiva.
- c. De allí también, nada más confuso —pudiendo ser falso— que las pretendidas "liberaciones" del hombre, sin discriminación juiciosa valorativa acerca de la calidad del vínculo del que se pretende liberarlo.

¿Me puedo liberar del vínculo que, por conocido y querido, me religa a mis hijos? Sí, me puedo liberar: soy psíquicamente libre. Esta es una parte del problema. Pero la más importante es otra: ¿me perfecciona como hombre esa liberación? ¿O, más bien, al amputar la línea de conducta que responde a mis obligaciones paternales, quedo incompleto como "hombre con un vínculo paterno" y, por tanto, lisiado en mi misma humanidad, falto del ser debido, careado, libremente imperfecto al fin? ¿Es entonces la "liberación" —a secas— sinónimo de perfección humana? ¡No! ¿Qué va! Si me libero de lo que me imperfecta, sí, es indudable: mis pasiones que me arrastran hacia objetos imperfectivos, el vínculo que me ata a la mujer de otro o al bien de otro que detento contra su voluntad, etc.

Pero si me libero del vínculo debido, que me obliga a conductas necesarias para mi perfección —que puede implicar la perfección de otro, como en el caso de las relaciones paternales, conyugales, sacerdotales, docentes, patrióticas, etc.—, si de esto me libero en lugar de religarme con mi conducta y libremente, entonces, lejos de perfeccionarme, estoy recortando de mi condición humana la multiplicidad de dimensiones que constituyen su riqueza libre y me-

ritoriamente adquirida y sobre las que puedo —y debo— crecer, con la conducta, en el orden del ser accidental: estoy amputando, empobreciendo, mi humanidad.

La perfección del hombre implica como un presupuesto la liberación de lo imperfectivo; pero exige lo contrario de la liberación respecto a los bienes perfectivos: la religación múltiple, la ratificación conciente y libre de los vínculos perfectivos y de las líneas de conducta que ellos entrañan.